
LUNES O MARTES
SELECCIÓN DE CUENTOS


Virginia Woolf


MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Lunes o martes

Selección de cuentos

Virginia Woolf

Woolf Adeline Virginia Stephen (Londres, 25 de enero de 1882 – Sunsex, 28 de marzo de 1941). Figura destacada del modernismo literario del siglo XX y pionera del feminismo. Su técnica narrativa del monólogo interior y su estilo poético destacan como las contribuciones más importantes a la novela moderna.

Pero toda su atribulada existencia se entiende mejor conociendo la raíz de su vida, en el seno de un ambiente familiar tan culto y liberal como complejo en sus circunstancias, Sus hermanos la llamaban cariñosamente "*the goat*" (la cabra) y todos tuvieron una educación en casa impartida por tutores. Crecieron en un ambiente frecuentado por artistas, literatos y políticos, y con una biblioteca que era considerada el gran tesoro del hogar.

Virginia Woolf empezó a escribir artículos y críticas regularmente en el periódico The Guardian y para el suplemento literario de The Times, algo que continuó haciendo el resto de su vida. También fue invitada a dar clases en el Morley College, una escuela para mujeres y hombres de la clase trabajadora, donde esporádicamente enseñó literatura e historia inglesa.

Desde sus inicios en la literatura, Virginia Woolf siempre quiso ampliar sus perspectivas de estilo más allá de la narración al uso, con hilos conductores guiados por el proceso mental del ser humano: pensamientos, consciencia, visiones, deseos y hasta olores. Perspectivas narrativas, en definitiva, inusuales, que incluían estados de sueño y prosa de asociación libre. Woolf encontró una musa literaria en su relación con Sackville-West, hasta el punto de que fue su inspiración para la novela *Orlando* (1928), que supuso un nuevo avance en su estilo y por la que recibió elogios de la crítica por su innovador trabajo, logrando ampliar aún más su popularidad. Con ocho novelas escritas y más de una treintena de libros de otros géneros, Virginia Woolf continúa siendo una de las escritoras más influyentes de la literatura, la autora que más revolucionó la narrativa en el siglo XX y quien más defendió los derechos de las mujeres a través de sus textos. Autora también de *La señora Dalloway. Las olas y entre sus escritos autobiográficos, Noche y día y Al faro.*

Virginia woolf

Lunes o martes

Selección de cuentos



Lunes o martes
Selección de cuentos
Virginia Woolf

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

La casa encantada

A cualquier hora que una se despertara, una puerta se estaba cerrando. De cuarto en cuarto iba, cogida de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose, una pareja de duendes.

«Lo dejamos aquí», decía ella. Y él añadía: «¡Sí, pero también aquí!». «Está arriba», murmuraba ella. «Y también en el jardín», musitaba él. «No hagamos ruido», decían, «o les despertaremos».

Pero no era esto lo que nos despertaba. Oh, no. «Lo están buscando; están corriendo la cortina», podía decir una, para seguir leyendo una o dos páginas más. «Ahora lo han encontrado», sabía una de cierto, quedando con el lápiz quieto en el margen. Y, luego, cansada de leer, quizás una se levantaría, y fuera a ver por sí misma, la casa toda ella vacía, las puertas quietas y abiertas, y solo las palomas torcaces expresando con sonidos de burbuja su contentamiento, y el zumbido de la trilladora sonando allá, en la granja. «¿Por qué he venido aquí? ¿Qué quería encontrar?». Tenía las manos vacías. «¿Se encontrará acaso arriba?». Las manzanas se hallaban en la buhardilla. Y, en consecuencia, volvía a bajar, el jardín estaba quieto y en silencio como siempre, pero el libro se había caído al césped.

Pero lo habían encontrado en la sala de estar. Aun cuando no se les podía ver. Los vidrios de la ventana reflejaban manzanas, reflejaban rosas; todas las hojas eran verdes en el vidrio. Si ellos se movían en la sala de estar, las manzanas se limitaban a mostrar su cara amarilla. Sin embargo, en el instante siguiente, cuando la puerta se abría, esparcido en el suelo, colgando de las paredes, pendiente del techo... ¿qué? Yo tenía las manos vacías. La sombra de un tordo cruzó la alfombra; de los más profundos pozos de silencio, la paloma torcaz extrajo su burbuja de sonido. «A salvo, a salvo, a salvo...», latía suavemente el pulso de la casa. «El tesoro está enterrado; el cuarto...», el pulso se detuvo bruscamente. Bueno, ¿era esto el tesoro enterrado?

Un momento después, la luz se había debilitado. ¿Afuera, en el jardín quizá? Pero los árboles tejían penumbras para un vagabundo rayo de sol. Tan hermoso, tan raro, frescamente hundido bajo la superficie el rayo que yo buscaba siempre ardía detrás del vidrio. Muerte era el vidrio; muerte mediaba entre nosotros; acercándose primero a la mujer, cientos de años atrás, abandonando la casa, sellando todas las ventanas; las estancias quedaron oscurecidas. Él lo dejó allí, él la dejó a ella, fue al norte, fue al este, vio las estrellas aparecer en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró hundida bajo la loma. «A salvo, a salvo, a salvo», latía alegremente el pulso de la casa. «El tesoro es tuyo».

El viento sube rugiendo por la avenida. Los árboles se inclinan y vencen hacia aquí y hacia allá. Rayos de luna chapotean y se derraman sin tasa en la lluvia. Rígida y quieta arde la vela. Vagando por la casa, abriendo ventanas, musitando para no despertarnos, la pareja de duendes busca su alegría.

«Aquí dormimos», dice ella. Y él añade: «Besos sin número» «El despertar por la mañana...» «Plata entre los árboles...» «Arriba...» «En el jardín...» «Cuando llegó el verano...» «En la nieve invernal...». Las puertas siguen cerrándose a lo lejos, distantes, con suave sonido como el latido de un corazón.

Se acercan más; cesan en el pasillo. Cae el viento, resbala plateada la lluvia en el vidrio. Nuestros ojos se oscurecen; no oímos pasos a nuestro lado; no vemos a señora alguna extendiendo su manto fantasmal. Las manos del caballero forman pantalla ante la linterna. Con un suspiro, él dice: «Míralos, profundamente dormidos, con el amor en los labios».

Inclinados, sosteniendo la linterna de plata sobre nosotros, nos miran larga y profundamente. Larga es su espera. Entra directo el viento; la llama se vence levemente. Locos rayos de luna cruzan suelo y muro, y, al encontrarse, manchan los rostros inclinados; los rostros que consideran; los rostros que examinan a los durmientes y buscan su dicha oculta.

«A salvo, a salvo, a salvo», late con orgullo el corazón de la casa. «Tantos años...», suspira él. «Me has vuelto a encontrar» «Aquí», murmura ella, «dormida; en el jardín leyendo; riendo, dándoles la vuelta a las manzanas en la buhardilla. Aquí dejamos nuestro tesoro...». Al inclinarse, su luz levanta mis párpados. «¡A salvo! ¡A salvo! ¡A salvo!», late enloquecido el pulso de la casa. Me despierto y grito: «¿Es este tu tesoro enterrado? La luz en el corazón».

Lunes o martes

Perezosa e indiferente, sacudiendo con facilidad el espacio de sus alas, conocedora de su camino, pasa la garza sobre la iglesia, bajo el cielo. Blanco e indiferente, ensimismado, el cielo cubre y descubre sin cesar, se va y se queda. ¿Un lago? ¡Quítale las orillas! ¿Una montaña? Sí, perfecto, con el oro del sol en las laderas. Cae desde lo alto. Helechos o plumas blancas, siempre, siempre...

Deseando la verdad, esperándola, destilando laboriosamente unas pocas palabras, deseando siempre (se inicia un grito a la izquierda, otro a la derecha; ruedas golpean divergentes; ómnibus se conglomeran en conflicto), deseando siempre (el reloj asevera con doce claras campanadas que es mediodía; la luz vierte escamas de oro; niños se arremolinan), deseando siempre verdad. Roja es la cúpula; de los árboles cuelgan monedas; el humo sale lento de las chimeneas; ladrido, alarido, grito «Compro metal»... ¿Y la verdad?

Como rayos orientados hacia un punto, pies de hombres, pies de mujeres, negros o con incrustaciones doradas (esa niebla... ¿azúcar? No, gracias... La Commonwealth del futuro), la luz del fuego salta y deja roja la estancia, salvo las negras figuras y sus ojos

brillantes, mientras descargan una camioneta fuera, la señorita Thingummy sorbe té en su escritorio, y las vitrinas protegen abrigos de pieles.

Cacareada, leve cual hoja, rizada en los bordes, pasada por las ruedas, plateada, en casa o fuera de casa, reunida, esparcida, derrochada en diferentes platillos de la balanza, barrida, sumergida, desgarrada, hundida, ensamblada... ¿Y la verdad?

Recordar ahora junto al fuego del hogar la blanca plaza de mármol. De las profundidades de marfil se alzan palabras que vierten su negrura, florecen y penetran. El libro caído; en la llama, en el humo, en las perecederas chispas; o ya viajando, la bandera en la plaza de mármol, minaretes debajo y mares de la India, mientras los espacios azules corren y las estrellas brillan... ¿la verdad?, o bien, ¿satisfacción con su proximidad?

Perezosa e indiferente la garza regresa; el cielo cubre con un velo sus estrellas; las borra luego.

Una novela no escrita

Aquella expresión de desdicha bastaba para que los ojos de una resbalaran sobre el papel hasta más allá de su borde, hasta la cara de la pobre mujer… insignificante sin aquella expresión, casi símbolo del destino humano con ella. La vida es lo que se ve en los ojos de la gente; la vida es lo que la gente aprende y, después de haberlo aprendido, jamás, pese a que procura ocultarlo, deja de tener conciencia de... ¿de qué? Que la vida es así, al parecer. Cinco rostros en frente —cinco rostros maduros— y el conocimiento en cada rostro. ¡Pero cuan extraño es que la gente intente ocultarlo! Rastros de reticencia se ven en todos estos rostros: labios cerrados, ojos velados, cada uno de los cinco hace algo para ocultar su conocimiento, o para adormecerlo. Uno fuma, otro lee, un tercero comprueba las anotaciones de su agenda, el cuarto contempla el mapa de la vía férrea enmarcado ante él, y el quinto rostro… lo terrible del quinto rostro es que la mujer no hace absolutamente nada. Mira la vida. ¡Mi pobre y desdichada mujer, juega al juego! ¡Hazlo por nosotros, ocúltalo!

Como si me hubiera oído, la mujer levantó la vista, rebulló levemente en su asiento y suspiró. Parecía pedir disculpas y, al mismo tiempo, decirme: «Si usted supiera...».

Después volvió a mirar la vida. En silencio, con la vista fija en el Times, por educación, le contesté: «Es que lo sé. Lo sé todo. La paz entre Alemania y las potencias aliadas quedó ayer oficialmente garantizada en París... El señor Nitti, primer ministro italiano... Un tren de pasajeros chocó ayer, en Doncaster, con un mercancías... Todos lo sabemos —lo sabe el Times—, pero fingimos que no lo sabemos». Una vez más, mi vista se había deslizado por encima del borde del papel. La mujer se estremeció, torció en extraño movimiento el brazo hacia la parte media de su espalda, y sacudió la cabeza negativamente. Una vez más me sumergí en mi gran depósito de vida. «Escoge lo que quieras —proseguí—: nacimientos, defunciones, matrimonios, anuncios judiciales, las costumbres de los pájaros, Leonardo da Vinci, el asesinato de Sandhills, la elevación de los sueldos y el coste de la vida... Sí, escoge lo que quieras —repetí—. ¡Todo está en el Times!». Una vez más, con infinito cansancio, la mujer movió la cabeza a uno y otro lado hasta que, como una peonza agotada de tanto dar vueltas, la cabeza reposó sobre el cuello.

El Times no ofrecía protección contra un dolor como el de aquella mujer. Pero los otros seres humanos no permitían el establecimiento de comunicación. Lo mejor que cabía hacer contra la vida era doblar el periódico de manera que formara un perfecto cuadrado, crujiente, grueso, impermeable incluso a la vida. Después de

hacerlo, levanté la vista rápidamente, protegida por un escudo exclusivamente mío. Pero la mujer atravesó mi escudo; me miró a los ojos como si buscara un sedimento de valentía en su fondo y lo mojara, convirtiéndolo en barro. Solo su estremecimiento denegó toda esperanza, echó a un lado toda ilusión.

Y así, traqueteando, cruzamos Surrey y entramos en Sussex. Pero, por tener la vista fija en la vida, no vi que los otros pasajeros se habían apeado, uno a uno, dejándonos solas, con la salvedad del hombre que leía. Estábamos llegando a la estación de Three Bridges. Lentamente, avanzamos junto al andén y nos detuvimos. ¿Nos dejaría solas el pasajero? Recé pidiendo las dos cosas; en último lugar, recé para que se quedara. Y, en aquel instante, el pasajero se levantó, estrujó el periódico despreciativamente, como si se tratara de un asunto liquidado, abrió con violencia la puerta y nos dejó solas.

La desdichada mujer, inclinándose un poco al frente, se dirigió pálida y descoloridamente a mí; habló de estaciones y de vacaciones, de hermanos en Eastbourne, y del tiempo del año, que era, lo he olvidado, principio o finales. Pero por fin, mirando a través de la ventana y solo viendo, me di cuenta, vida, dijo con voz leve: «Vivir lejos, este es el inconveniente...». Ah, ahora se acercaba la catástrofe: «Mi cuñada»; la amargura de su tono era

como limón sobre hierro, y hablando, no a mí, sino para sí, musitó: «Tonterías, diría, esto es lo que todos dicen», y, mientras hablaba. rebullía como si la piel de su espalda fuera la de un ave desplumada en el escaparate de una pollería.

«Oh, ¡esa vaca!», exclamó con acento nervioso, como si la gran vaca de madera en el prado la hubiera escandalizado, salvándola así de una indiscreción. Después se estremeció, y efectuó aquel torpe movimiento angular que le había visto hacer antes, como si, después del espasmo, un punto situado entre los omóplatos le escociera o picara. Después, una vez más, adquirió el aspecto de la mujer más desdichada del mundo, y una vez más se lo afeé, aun cuando no con idéntica convicción, ya que, si concurriera alguna razón, y si yo hubiera sabido la razón, la causa de aquel estigma se encontraría fuera de la vida.

«Las cuñadas», dije…

Frunció los labios como si se dispusiera a escupir veneno sobre el mundo. Y fruncidos quedaron. Lo único que hizo fue coger un guante y frotar con él fuertemente una manchita en el vidrio de la ventanilla. Frotaba como si quisiera borrar algo para siempre jamás, una mancha, cierta indeleble contaminación. Pero, a pesar de tanto

frote, realmente la mancha siguió allí, y la mujer volvió a hundirse en el asiento, con un estremecimiento, y torciendo el brazo de aquella manera que yo había ya llegado a esperar. Algo me impulsó a coger mi guante y frotar el vidrio de mi ventana. También había en él un puntito. Pero a pesar de los frotes, allí quedó. Y entonces el espasmo me estremeció; torcí el brazo y me rasqué la parte media de la espalda. También mi piel causaba la sensación que produce la húmeda piel de un pollo en el escaparate de una pollería; un punto entre los hombros me picaba y me irritaba, estaba húmedo, pelado. ¿Lo alcanzaría? Lo intenté subrepticiamente. La mujer me vio. Una sonrisa de infinita ironía, de infinita tristeza, pasó por su cara y desapareció. Pero la mujer había entrado en comunicación, había compartido su secreto, había transmitido su veneno. Ya no hablaría más. Reclinándome en mi rincón, protegiendo mis ojos de sus ojos, viendo solo las laderas y los hoyos, los grises y los morados del paisaje invernal, leí el mensaje de la mujer, descifré su secreto, lo leí bajo su mirada.

La cuñada de Hilda. ¿Hilda? ¿Hilda? Hilda Marsh, Hilda la lozana, la de abundante seno, la matrona. Hilda está en pie junto a la puerta, mientras el taxi se acerca, con una moneda en la mano. «Pobre Minnie, parece más que nunca un saltamontes... con el mismo abrigo que el año pasado. En fin, con dos hijos, en los presentes tiempos, no se puede hacer gran cosa. No, Minnie, ya lo tengo en

la mano. Tome, taxista... No, Minnie, no lo permitiré. Entra, Minnie. ¡Claro que llevo el cesto, hasta contigo podría cargar!». Y así entran en el comedor. «Niños, la tía Minnie».

Despacio, los cuchillos y los tenedores descienden de la alacena. Bajan (Bob y Barbara), ofrecen rígidos la mano y vuelven a sentarse, mirando entre las masticaciones reanudadas. [Pero esto nos lo vamos a saltar; los adornos, las cortinas, la fuente de porcelana con tréboles, amarillos rombos de queso, blancos cuadrados de bizcocho... Nos los saltamos, pero, oh, ¡esperemos! A mitad del almuerzo, uno de aquellos estremecimientos; Bob la mira, con la cuchara en la boca. Pero Hilda le reprende: «Cómete el budín, Bob. ¿Y a qué se debe este estremecimiento?». Saltémonoslo, saltémonoslo, hasta llegar al descansillo del piso superior; escaleras con barandilla de latón; linóleo desgastado; oh, sí; ¡pequeño dormitorio desde el que se ven los tejados de Eastbourne, tejados en zigzag, como la espina dorsal de las orugas, hacia aquí y hacia ella, a rayas rojas y amarillas, con pizarra negra azulada.] Ahora, Minnie, la puerta se ha cerrado; Hilda baja pesadamente a la planta baja; y tú desatas las correas del cesto, dejas sobre la cama un deslucido camisón, quedas en pie junto a unas zapatillas de felpa forradas de piel. El espejo... no, tú evitas el espejo. Dispones metódicamente las horquillas. ¿Habrá algo dentro del estuche de concha?

Lo sacudes; es el mismo botón de nácar del año pasado. Y nada más. Y después el respingo, el suspiro, el sentarse junto a la ventana. Las tres de una tarde de diciembre, la llovizna, allá abajo un resplandor en el tragaluz de la pañería, otra luz en el dormitorio de una criada. Esta se apaga. Con eso, nada hay que mirar. Un momento de vacío... ¿En qué piensas pues? (Séame permitido mirarla, sentada ahí, ante mí; duerme o lo finge; por lo tanto, ¿en qué pensaría sentada junto a la ventana a las tres de la tarde? ¿En la salud, en el dinero, en las colinas, en su Dios?) Sí, sentada en el mismísimo borde de la silla, con la vista en los tejados de Eastbourne, Minnie Marsh reza a Dios. Nada hay que objetar; y también puede trotar el vidrio, como si quisiera ver mejor a Dios; pero ¿a qué Dios ve? ¿Quién es el Dios de Minnie Marsh, ¿el Dios de las callejas de Eastbourne, el Dios de las tres de la tarde? También yo veo tejados, veo cielo; pero, oh, pobre de mí, ¡este ver Dioses! Se parece más al presidente Kruger que al príncipe Alberto. Esto es lo sumo a que llego, con respecto a él; y le veo sentado en una silla, con un chaqué negro, y no muy alto; puedo proporcionarle una nube o dos a la que estar subido; y su mano, reposando en la nube, sostiene una vara, ¿o será un garrote?... negro, grueso, con púas…, ¡un viejo bruto el Dios de Minnie! ¿Le mandó acaso el picor, la mancha y el estremecimiento? ¿Será por eso por lo que Minnie reza? Lo que frota en la ventana es la mancha del pecado.

¡Minnie cometió un delito! Puedo escoger entre varios delitos. Los bosques se deslizan y vuelan. En verano, aquí hay campanillas; y en los calveros, cuando la primavera llega, belloritas. ¿Fue una separación, hace veinte años? ¿Una promesa rota? ¡No la rompería Minnie!... Ella fue fiel. ¡Y cuánto cuidó a su madre! Se gastó todos sus ahorros en la lápida de la tumba, flores protegidas con vidrio, narcisos en jarras. Pero me estoy desviando. Un delito... Dirían que se guardó su dolor, que reprimió su secreto —su sexo, dirían— los hombres de ciencia. Pero ¡qué tontería dar a Minnie la carga del sexo! No, lo siguiente es más probable. Pasando por las calles de Croydon hace veinte años, los círculos violeta de cinta en el escaparate de la pañería reluciendo a la luz eléctrica atrajeron su vista. Se detiene, han tocado las seis. Pero, si se da prisa, llegará a casa a tiempo. Empuja la puerta de vidrio con resortes. Es hora de ventas. Hay lisas bandejas rebosando cintas. Se detiene, tira de esta, toquetea la otra con las rosas realzadas; no hace falta elegir, no hace falta comprar, y cada bandeja tiene sus sorpresas. «Hasta las siete no cerramos», y, después, realmente ya son las siete. Corre, se angustia, y llega a casa, pero llega tarde. Vecinos… el médico… el hermano pequeño… el cazo… escaldado… hospital… muerto… ¿o acaso todo se debió únicamente a la fuerte impresión y a esta hay que culpar? ¡Los detalles nada importan! Es lo que Minnie lleva dentro; la mancha, el delito, lo que debe expiar, siempre

allí, entre los omóplatos. «Sí», parece decirme con un movimiento afirmativo de la cabeza, «eso es lo que hice».

No me importa que lo hicieras o lo que hicieras. No es esto lo que busco. El escaparate de la pañería con sus aros de violeta me basta; quizá sea un poco adocenado, un poco vulgar, habida cuenta de que puedo escoger delitos, aunque hay demasiados (miremos una vez más ahí, al frente… ¡sigue durmiendo o fingiéndolo!, blanca, fatigada, cerrada la boca… un matiz de tozudez, más de la que cabría imaginar… sin rastro de sexo), tantos delitos no son tu delito; tu delito fue adocenado, y solo el castigo fue solemne. Ahora se abre la puerta de la iglesia, el duro banco de madera la recibe, se arrodilla en las baldosas pardas. Todos los días, invierno, verano, ocaso, alba (y ahora está haciéndolo) reza. Todos sus pecados caen, caen, eternamente caen. La mancha los recibe. Es realzada, es roja, es ardiente. Y luego Minnie se estremece. Los niños pequeños la señalan con el dedo. «Hoy, Bob viene a almorzar» …Pero las mujeres entradas en años son lo peor.

Realmente, ahora ya no puedes seguir rezando. Kruger se ha hundido en las nubes —borrado como por el líquido gris del pincel de un pintor, al que Kruger ha añadido un poco de negro—, incluso la punta del garrote ha desaparecido ahora. ¡Es lo que siempre pasa!

Precisamente cuando se le consigue ver, sentir, llega alguien a interrumpir. Ahora es Hilda.

¡Cómo la odias! Incluso cierra con llave la puerta del cuarto de baño, por la noche, a pesar de que lo único que quieres es agua fría, y algunas veces, en las noches malas, parece que lavarse pueda aliviar. Y John a la hora del desayuno… los niños… las comidas son lo peor, y a veces hay amigos… los helechos no los ocultan del todo… y también ellos lo adivinan. Por esto te vas al muelle, donde las olas son grises, y los papeles vuelan, y los cobijos de vidrio son verdes y con corrientes de aire, y las sillas valen dos peniques, que es demasiado, por cuanto en la arena forzosamente habrá predicadores. Ah, ahí aparece un negro, es un hombre divertido, es un hombre con cotorras, ¡pobres animalitos! ¿Es que no hay aquí nadie que piense en Dios? Precisamente ahí, arriba, encima del muelle, con su vara, pero no, nada hay salvo el gris del cielo o si es azul las nubes le ocultan, y la música —es música militar—, ¿y qué pescan?, ¿realmente atrapan algo? ¡Y cómo miran los niños! Y, después, bueno, volvamos a casa. «¡Volvamos a casa!». Las palabras tienen significado; hubiera podido decirlas el viejo con patillas, no, no, este realmente no habló; pero todo tiene significado …las maderas con carteles apoyadas en los quicios de los portales… los nombres sobre los escaparates de las tiendas… fruta roja en cestos… cabezas de mujer en la peluquería… todo dice

«¡Minnie Marsh!»; pero se produce una sacudida. «¡Los huevos van más baratos!». ¡Es lo que siempre ocurre! Estaba yo camino a arrojar a Minnie al agua, llevada por la locura, cuando Minnie da media vuelta y se me escapa por entre los dedos. Los huevos van más baratos. No hay para la pobre Minnie Marsh delito alguno, ni penas, ni rapsodias, ni enajenamientos entre cuantos se encuentran amarrados a las orillas del mundo, jamás llega tarde a almorzar, nunca la tormenta la ha pillado sin impermeable, nunca ha estado en la total ignorancia en lo tocante a la baratura de los huevos. Y así, llega a casa. Se frota las suelas de los zapatos.

¿Te he interpretado correctamente? Pero la cara humana, la cara humana encima de la más repleta hoja de letra impresa contiene más, retiene más. Ahora se abren los ojos, mira, y en los humanos ojos… ¿cómo definirlo?... hay una ruptura, una división, igual que, cuando una agarra el tallo, la mariposa vuela —la mariposa nocturna que se pone al anochecer en la flor amarilla—, se va, al alzar la mano, lejos, hacia lo alto. No levantaré la mano. Estate pues quieto, temblor, vida, alma, espíritu, lo que fueres, de Minnie Marsh —y yo también, sobre mi flor— el halcón sobre la colina… solo, o lo que fuere el valor de la vida. Un leve movimiento de la mano, ¡y se va arriba! Después se vuelve a posar. Sola, sin ser vista, viéndolo todo tan quieto ahí abajo, todo tan hermoso. Sin que nadie te

vea, sin que importes a nadie. Los ojos de los demás son nuestras cárceles; sus pensamientos nuestras jaulas. Aire arriba, aire abajo. Y la luna y la inmortalidad... ¡Pero me caigo al césped! ¿También te has caído, tú, la que estás en el rincón, como sea que te llames, mujer, Minnie Marsh, o cualquier otro nombre parecido? Ahí está, pegada a su flor, abriendo el bolso del que saca una cascara vacía —un huevo— ¿y quién decía que los huevos iban más baratos? ¿Tú o yo? Fuiste tú quien lo dijo al regresar a casa, ¿recuerdas, cuando el anciano caballero de repente abrió el paraguas... o acaso estornudó? De todas maneras, el caso es que Kruger se fue, y tú «regresaste a casa» y te restregaste las suelas de los zapatos. Sí. Y ahora te pones sobre las rodillas un pañuelo en el que dejas caer pequeñas y angulosas porciones de cascara de huevo —fragmentos de un mapa—, un rompecabezas. ¡Me gustaría juntarlas! Si al menos te estuvieras quieta. Movió las rodillas; el mapa volvió a quedar fragmentado en porcioncillas. Por las laderas de los Andes los grandes bloques de mármol caen botando y rebotando y entrechocando, y aplastan y matan a una cuadrilla de muleros españoles, junto con su reata… El botín de Drake, oro y plata. Pero volvamos…

¿A qué, a dónde? Abrió la puerta, y poniendo el paraguas en el paragüero, como no podía dejar de ser; y también el aroma a buey procedente de abajo; punto, punto, punto. Pero no puedo eliminar tanto, lo que debo,

baja la cabeza, cerrados los ojos, con la valentía de un regimiento y la ceguera de un toro, atacar y dispersar son, sin la más leve duda, las figuras detrás de los helechos, los viajantes de comercio. Los he tenido escondidos ahí, durante todo este tiempo, con la esperanza de que, de una manera u otra, desaparecieran o, mejor todavía, aparecieran, tal como deben, si es que el relato ha de seguir adquiriendo riqueza y redondez, destino y tragedia, tal como deben los relatos, metiendo dentro de él a dos, cuando no tres, viajantes de comercio, y todo un campo de aspidistra. «El follaje de la aspidistra solo parcialmente ocultaba al viajante de comercio...». Los rododendros lo ocultarían del todo, y, de propina, me darían ese macizo de rojo y blanco que tanto ansío y tanto busco; pero pancetas en Eastbourne, en diciembre, en la mesa de los Marsh... No, no, no me atrevo; todo ha de basarse en cortezas de pan, vinagreras, lechugas y helechos. Más adelante, quizá haya un momento junto al mar. Además, siento, cosquilleándome agradablemente, a través de los verdes calados y por encima de la barrera de cristal tallado, el deseo de mirar y examinar disimuladamente al hombre ante mí —solo puedo permitirme uno. ¿No será James Moggridge, a quien los Marsh llaman Jimmy? [Minnie, debes prometerme que no te estremecerás hasta que haya solucionado este asunto.] James Moggridge es viajante de comercio de… ¿botones, por ejemplo…?, pero todavía no ha llegado el momento de meter los

botones en la historia, grandes y pequeños en los largos cartones, algunos como ojos de perdiz, otros de oro mate, y los hay de coral y otros como piedrecillas, pero ya he dicho que no ha llegado aún el momento. Viaja, y el jueves es su día de Eastbourne, día en que come en casa de los Marsh. Su cara roja, sus menudos ojos grises de quieto mirar —en modo alguno totalmente vulgares—, su enorme apetito (esto elimina riesgos; ya que no mirará a Minnie, hasta que el pan haya absorbido toda la salsa), con la servilleta colgando en forma de rombo… esto es primitivo, y sea cual fuere el efecto que pueda producir al lector, no voy a picar en este cebo. Ahora pasemos a la familia de Moggridge, pongamos este asunto en marcha. Todos los domingos, el propio James se encarga de remendar los zapatos de su familia. Lee Truth, lee «la verdad». Pero ¿cuál es su pasión? Las rosas… y su esposa es una enfermera de hospital retirada —interesante—, pero, por el amor de Dios, ¡séame permitido poner a una mujer con un nombre que me guste! Pero no; esta mujer pertenece a los hijos nonatos de la mente, es ilícita, aunque no por ello la amo menos, al igual que a mis rododendros. Cuántos son los que mueren en todas las novelas que se escriben: los mejores, los más amados, en tanto que Moggridge vive. La culpa la tiene la vida. Aquí tenemos a Minnie comiéndose el huevo, en este instante sentada ante mí, y al final de la fila — ¿hemos pasado ya por Lewes?…forzosamente ha de estar Jimmy… ¿y a qué

se debe el estremecimiento de Minnie?

Forzosamente ha de estar Moggridge, por culpa de la vida. La vida impone sus leyes; la vida corta el camino; la vida está detrás del helecho; la vida es el tirano; ¡pero no el bruto dominante! No, por cuanto les aseguro que acudo voluntariamente, acudo impulsada por qué sé yo qué necesidad, por entre vinagreras y helechos, mesa manchada y botellas mojadas. Acudo, sin poderme resistir, para alojarme en algún lugar de la firme carne, de la robusta espina dorsal, de cualquier lugar en el que pueda penetrar, en que pueda encontrar firme base, de la persona, del alma, de Moggridge el hombre. La enorme estabilidad de su estructura, la espina dorsal dura cual hueso de ballena, recta cual roble; las costillas irradiando ramas; la carne como lona tensa; sus rojos orificios; la succión y esponjamiento de su corazón; mientras que, de lo alto, la carne comestible cae en pardos cubos y la cerveza fluye, para que el hervor lo transforme todo en sangre... y así llegamos a los ojos. Detrás de la aspidistra, estos ojos ven algo: negro, blanco, desmañado; ahora, la fuente con la comida otra vez; detrás de la aspidistra ven a la mujer entrada en años; «la hermana de Marsh, prefiero a Hilda»; ahora el mantel. «Marsh seguramente sabe cuál es el problema de los Morris...», será cuestión de hablar del asunto; han traído el queso; la fuente otra vez; le da la vuelta, los enormes dedos; ahora la mujer sentada enfrente. «La hermana de Marsh, en nada se

parece a Marsh; mujer vieja y desdichada... debiera quedarse en casa... Gran verdad, vive Dios, ¿y por qué se retuerce ahora? ¿Qué habré dicho? Oh, oh, oh... ¡esas mujeres entradas en años! Oh, oh...».

[Sí, Minnie, ya sé que te has estremecido, pero espera un momento… James Moggridge.]

«Oh, oh, oh...» ¡Cuan bello es este sonido! Como el golpe de un martillo en madera antigua, como el latir del corazón de un viejo ballenero, cuando se alza la mar gruesa y las nubes cubren el cielo. «Oh, oh...», qué campana ambulante para tranquilizar las almas de los inquietos, para solazarlas, para envolverlas en sábanas, diciéndoles «¡Hasta la vista! ¡Buena suerte!», y después, «¿Qué desea usted?», por cuanto, si bien es cierto que Moggridge hubiera sido capaz de despepitarse por ella, esto es ya cosa pasada, esto terminó. ¿Y qué viene a continuación? «Señora, va usted a perder el tren», porque los trenes no esperan.

El hombre es así; este es el sonido que resuena; esta es la catedral de San Pablo y los autobuses. Pero ya estamos barriendo las migas. Oh, Moggridge, ¿no se queda? ¿Debe irse? ¿Va a recorrer Eastbourne, esta tarde, en uno de esos carritos? ¿Es usted ese hombre entre muros de cajas de cartón verdes, sentado a veces solemnemente,

con mirada de esfinge, y siempre con aire sepulcral, con algo propio de pompas fúnebres, de ataúd y de ocaso, envolviendo al caballo y a quien lo lleva? Dígame... pero las puertas se han cerrado bruscamente. Jamás nos volveremos a ver. ¡Adiós, Moggridge!

Sí, sí, ya voy. A lo más alto de la casa. Me quedaré un momento. El barro da vueltas y revueltas en la mente... qué torbellino dejan estos monstruos tras sí, alzadas las aguas, las algas ondulándose, verdes aquí, negras allá, golpeando la arena, hasta que poco a poco los átomos vuelven a ordenarse, todo se sedimenta, los ojos vuelven a ver clara y serenamente, y a los labios acude una oración por los que se han ido, como unas exequias para las almas de aquellos a los que se despide con un movimiento de la cabeza, aquellos a los que una jamás volverá a ver.

Ahora, James Moggridge ha muerto, se ha ido para siempre. Bueno, Minnie... «No puedo aguantarlo más». Sí, esto dijo. (Voy a mirarla. Empuja la cascara de huevo por profundos declives.) Ciertamente lo dijo, apoyándose en la pared del dormitorio, y dando tirones a las pequeñas bolas que bordean la cortina de color vino tinto. Pero, cuando el yo habla al yo, ¿quién habla?, el alma enterrada, el espíritu conducido a, a, a, la catacumba central; el yo que profesó y abandonó el mundo, un cobarde quizá, pero en cierta manera hermoso al deslizarse con su

linterna arriba y abajo, inquieto, por los oscuros pasillos. «No puedo aguantarlo más», dice el espíritu de Minnie Marsh. «Ese hombre que ha venido a almorzar… Hilda… los niños». ¡Oh, cielos, su sollozo! Es el espíritu llorando su destino, el espíritu llevado de aquí para allá, posándose en alfombras cada vez más pequeñas… pobres bases… encogidos restos de un universo que se desvanece: amor, vida, fe, marido, hijos, no sé qué esplendores y fiestas vislumbrados en la adolescencia de una mujer. «No es para mí, no es para mí».

Pero, en este caso, ¿los mojicones y el viejo perro pelado? Debieran gustarme las esterillas de la cama y el consuelo de la ropa interior. Si Minnie Marsh fuera atropellada y trasladada al hospital, las enfermeras e incluso los médicos exclamarían... Ahí está el panorama y la visión, ahí está la distancia, el punto azul al final de la avenida, en tanto que, a fin de cuentas, el té es bueno, el mojicón está caliente, y el perro… «¡Benny, a tu cesto, caballerete, y verás lo que te ha traído tu mamá!». Y así, quitándote el guante con la punta del pulgar desgastada, desafiando una vez más a ese persistente demonio que incita a incurrir en círculos viciosos, renuevas tus fortificaciones, cosiendo la lana gris, pasándola y traspasándola.

Pasándola y traspasándola, del derecho y del revés,

tejiendo una tela de araña a través de la cual ni el mismísimo Dios... ¡calla, no pienses en Dios! ¡Cuán firmes son las puntadas! Has de estar orgullosa de tu manera de zurcir. Que nada la perturbe. Que la luz caiga suavemente, que las nubes revelen el tejido interno de la primera hoja verde. Que el gorrión se pose en la ramita y haga caer la gota de lluvia que colgaba de su extremo... ¿Para qué levantar la vista? ¿Fue un sonido, un pensamiento? ¡Oh, cielos! ¿Tendrás que volver a hacer lo que antes hacías, el vidrio con los aros violeta? Pero Hilda vendrá. Ignominias, humillaciones, ¡oh! Cierra esta brecha.

Después de haber remendado el guante, Minnie Marsh lo guarda en el bolso. Cierra el bolso con decidido ademán. Veo fugazmente su cara reflejada en el vidrio. Tiene los labios prietamente cerrados. Alta la barbilla. Después se ata los zapatos. Después se toca el cuello. ¿De qué es tu gargantilla? ¿De muérdago o de quilla de ave? ¿Y qué ocurre? O mucho me equivoco, o el pulso se ha acelerado, se acerca el momento, las amenazas se ciernen, la avalancha está ahí. ¡Ya ha llegado la crisis! ¡Que la fortuna te acompañe! Minnie desciende. ¡Valor, valor! ¡Da la cara, enfréntate con ello! ¡Por el amor de Dios no esperes sobre el felpudo! ¡Ahí está la puerta! ¡Estoy contigo! ¡Habla! ¡Enfréntate con ella, confunde su alma!

«¡Oh, mil perdones! Sí, es Eastbourne. Se la voy a bajar. Permítame». [Pero, Minnie, a pesar de que mantenemos las apariencias, te he interpretado correctamente, y, ahora, estoy contigo.]

—¿No lleva más equipaje?

—Muchas gracias, no, no llevo más.

(Pero ¿por qué miras alrededor? Hilda no vendrá a la estación y John tampoco; y Moggridge está con su pequeño carruaje en el otro extremo de Eastbourne.)

—Esperaré junto a la maleta, señora, es lo más seguro. Dijo que vendría a recibirme... ¡Ahí está! Es mi hijo.

Y se van juntos.

Realmente, estoy pasmada... ¡Realmente, Minnie, no eres tan loca como eso! Un joven desconocido... ¡Espere! Diré a este muchacho… ¡Minnie!... ¡Señorita Marsh!... Pero, realmente, no sé... Algo raro hay en el vuelo de la capa de Minnie. Pero no es verdad, es indecente... Mira cómo se inclina el muchacho al llegar a la puerta de salida. Minnie encuentra el billete. ¿Qué hay de raro en ello? Salen, descienden juntos por la calle, el uno al

lado del otro. En fin, ¡mi mundo ha quedado destruido! ¿Dónde estoy? ¿Qué sé? Esa no es Minnie. Moggridge no existe. ¿Quién soy? La vida ha quedado pelada como un hueso.

Y, sin embargo, la última imagen de los dos —él bajando de la acera, y ella siguiéndole al doblar la esquina del gran edificio— me llena de maravillada curiosidad, me arrastra de nuevo. ¡Misteriosas figuras! Madre e hijo. ¿Quién son? ¿Por qué caminan calle abajo? ¿Dónde dormirán esta noche, y dónde dormirán mañana? ¡Oh, cómo gira y embiste, cómo me vuelve a poner a flote! Comienzo a caminar tras ellos. La gente pasa hacia aquí y hacia allá. La luz blanca destella y se extiende. Vidrios de escaparate. Claveles, crisantemos. Enredaderas en oscuros jardines. Carritos de leche ante las puertas. Vaya a donde vaya, misteriosas figuras, los veo doblando la esquina, madres e hijos: tú, tú, tú. Aprieto el paso, les sigo. Tengo la impresión de que esto sea el mar. Gris es el paisaje; mate cual ceniza; el agua murmura y se mueve. Si caigo de rodillas, si cumplo la ceremonia, el antiguo rito, son ustedes, figuras desconocidas, a quienes yo adoro; si abro los brazos, ustedes son a quienes abrazo, a quienes hacia mí atraigo, ¡mundo adorable!

Momentos de vida
«Los alfileres de slater no tienen punta.»

«Los alfileres de Slater no tienen punta, ¿no te has fijado?», dijo la señorita Craye volviéndose, cuando la rosa se desprendió del vestido de Fanny Wilmot, y Fanny se inclinó, con los oídos rebosantes de música, para buscar el alfiler en el suelo.

Estas palabras impresionaron en gran manera a Fanny, mientras la señorita Craye tocaba el último acorde de una fuga de Bach. ¿Acaso la señorita Craye iba realmente a la tienda de Siater a comprar alfileres?, se preguntó Fanny Wilmot, traspuesta durante un instante. ¿Esperaba en pie, la señorita Craye, ante el mostrador, igual que todos los demás, y le daban un recibo, con la calderilla envuelta en él, y se metía la calderilla en el bolso, y después, una hora más tarde, delante de su mesa tocador, sacaba los alfileres? ¿Para qué necesitaba alfileres la señorita Craye? A fin de cuentas bien se podía decir que, más que ir vestida, iba enfundada, como una cucaracha, prietamente ceñida por su caparazón, de azul en invierno y de verde en verano. ¿Qué necesidad de alfileres tenía —Julia Craye—, quien, al parecer, vivía en el fresco y vitreo mundo de las fugas de Bach, tocando para sí lo que le diera la gana, y accediendo a tener sólo una o dos alumnas, en la Escuela de Música de Archer

Street (eso decía la directora, la señorita Kingston), como favor especial a la directora, quien «la tenía en la mayor admiración, desde todos los puntos de vista»? La señorita Craye quedó en muy mala situación, mucho temía la señorita Kingston, al morir su hermano. Oh, sí, tenían cosas muy hermosas, cuando vivían en Salisbury, y su hermano Julius era, desde luego, un hombre muy conocido: un famoso arqueólogo. Era un gran privilegio poder estudiar con ellos, decía la señorita Kingston («Mi familia los conocía de toda la vida, eran gente típica de Canterbury», decía la señorita Kingston), pero a una niña le daba siempre un poco de miedo; una tenía que procurar no dar portazos, ni entrar de sopetón en un cuarto. La señorita Kingston, que siempre hacía esbozos de personalidades, el primer día del curso, mientras recibía cheques y escribía los correspondientes recibos, esbozó, en este instante, una sonrisa. Sí, ciertamente, de chica había sido revoltosa y un tanto bruta; había entrado pegando un salto, con lo que hizo saltar todas aquellas verdes jarras romanas y demás cosas que había en las vitrinas. Los Craye no estaban acostumbrados a tratar con niños. Ningún Craye se casó. Tenían gatos; y los gatos, pensaba una, saben tanto acerca de urnas romanas y cosas parecidas, como el que más.

«¡Mucho más de lo que yo sabía!», dijo alegremente la señorita Kingston, mientras escribía su nombre al pie del

recibo, con su caligrafía alegre y ampulosa, debido a que siempre había sido mujer con sentido práctico. A fin de cuentas, de eso vivía.

En este caso, pensó Fanny Wilmot, mientras buscaba el alfiler, bien podía ser que la señorita Craye hubiera dicho «los alfileres de Slater no tienen punta» al azar. Ningún Craye se había casado. La señorita Craye nada sabía de alfileres, nada de nada. Pero quiso romper el hechizo que dominaba la casa; quiso romper el vidrio que la separaba de todos los demás. Cuando Polly Kingston, aquella alegre jovencita, había dado el portazo, haciendo saltar las jarras romanas, Julius, después de comprobar que no se habían producido desperfectos (éste fue su primer impulso), miró, ya que las vitrinas se encontraban junto a la ventana, a Polly corriendo hacia su casa a través del campo; miró con la mirada que su hermana a menudo tenía, aquella mirada sostenida y dominante.

«Estrellas, sol, luna», parecía decir la mirada, «la margarita en la hierba, fuegos, hielo en los cristales de la ventana, mi corazón está con vosotros. Pero», siempre parecía añadir, «os quebráis, pasáis, os vais». Y, al mismo tiempo, cubría la intensidad de ambos estados mentales con «No puedo alcanzaros, no puedo llegar hasta vosotros», en tono de deseo frustrado. Y las estrellas se desvanecían, y los niños se iban. Este era el hechizo,

ésta era la vitrea superficie que la señorita Craye quiso romper, para demostrar, después de interpretar con gran belleza a Bach, a modo de recompensa a una alumna favorita (Fanny sabía que era la alumna favorita de la señorita Craye), que también ella, al igual que todas las demás, entendía en alfileres. Los alfileres de Slater no tenían punta.

Sí, el «famoso arqueólogo» también había tenido aquella mirada. «El famoso arqueólogo»... cuando dijo estas palabras, firmando cheques, comprobando el día del mes, hablando tan alegre y francamente, hubo en la voz de la señorita Kingston un matiz indescriptible indicativo de la existencia de algo raro; algo raro en Julius Craye; y quizá fuera exactamente la misma cosa que también era rara en Julia. Una hubiera jurado, pensó Fanny Wilmot, mientras buscaba el alfiler, que en fiestas y reuniones (el padre de la señorita Kingston era clérigo), a los oídos de la señorita Kingston llegó algún comentario, o quizá fue sólo una sonrisa, o un matiz, cuando el nombre de Julius era mencionado, que le había dado cierta «impresión» con respecto a Julius ¿raye. Huelga decir que jamás había hablado de ello a nadie. Pero, siempre que la señorita Kingston hablaba de Julius u oía mencionar su nombre, esto era lo primero que acudía a la mente; y resultaba una idea seductora; algo raro había habido en Julius Craye.

Y esto mismo se daba también en Julia, medio vuelta hacia atrás, sentada en el taburete del piano, sonriendo. Está en el campo, está en el vidrio de la ventana, está en el cielo —la belleza; y no puedo alcanzarla; no puedo poseerla—, yo, parecía añadir con aquella leve crispación de la mano tan característica en ella, que la adoro apasionadamente, ¡la daría al mundo entero, para que la poseyera! Y cogió el clavel que había caído al suelo, mientras Fanny buscaba el alfiler. Lo oprimió, a juicio de Fanny, voluptuosamente, con sus manos de suaves venas, en las que destacaban los anillos de color de agua, con perlas. La presión de las manos de la señorita Craye parecía aumentar cuanto de más brillante había en la flor; resaltarlo; hacerla más rizada, más fresca, más inmaculada. Lo raro en la señorita Craye, y quizá también en su hermano, consistía en que aquel apretón y presa de los dedos se combinaba con una perpetua frustración. Incluso ahora ocurría con el clavel. Tenía las manos en él, lo oprimía, pero no lo poseía, no gozaba de él, no por entero, no del todo.

Ningún Craye se había casado, recordó Fanny Wilmot. Recordaba que una tarde en que la lección había durado más de lo usual y ya había oscurecido, Julia Craye dijo: «La utilidad de los hombres, sin la menor duda, es la de protegernos», sonriéndole con aquella misma extraña sonrisa, mientras en pie le abrochaba el abrigo, lo cual le

dio conciencia, lo mismo que la flor, hasta las yemas de los dedos, de su juventud y brillantez, pero, lo mismo que la flor, Fanny sospechaba que también le dio sensación de incomodidad.

«Yo no quiero que me protejan», dijo Fanny riendo, y, cuando Julia Craye, fijando en ella aquella extraordinaria mirada, le dijo que no estaba muy segura de ello, Fanny se sonrojó a las claras bajo la admiración de sus ojos.

Los hombres sólo servían para eso, había dicho Julia Craye. ¿Se debería quizás a esto, se preguntó Fanny, con la vista fija en el suelo, que no se hubiera casado? A fin de cuentas, no había vivido toda la vida en Salisbury. «Con mucho, la parte más agradable de Londres», había dicho en cierta ocasión, «(pero hablo de hace quince o veinte años) es Kensington. Se llegaba a los jardines en diez minutos; era como hallarse en pleno campo. Se podía cenar en zapatillas sin coger frío. Kensington era igual que un pueblo entonces, ¿sabes?», había dicho.

En este punto se calló, para denunciar después las corrientes de aire de los metros.

«Era para lo que servían los hombres», había dicho con extraña y seca amargura. ¿Contribuía esto a despejar la incógnita de por qué no se había casado? Cabía imaginar

todo género de escenas, en su juventud, cuando con sus hermosos ojos azules, su nariz recta y firme, su aire de fría distinción, su arte de pianista, su rosa abriéndose con casta pasión en el pecho de su vestido de muselina, había atraído, primero, a los jóvenes para quienes esas cosas, las tazas de porcelana y los candelabros de plata y la mesa con incrustaciones, ya que los Craye tenían bellos objetos cual éstos, eran maravillosas; hombres jóvenes, aunque no suficientemente distinguidos; hombres jóvenes de la ciudad catedralicia, sin ambiciones. A éstos había atraído primero, y luego a los amigos de su hermano, en Oxford o Cambridge. Llegaban en verano; la paseaban en barca de remos por el río; continuaban por carta la discusión acerca de Browning; y quizás hacían lo preciso, en las raras ocasiones en que Julia Craye paraba en Londres, para mostrarle ¿los jardines de Kensington?

«Con mucho, la parte más agradable de Londres, Kensington (pero hablo de hace quince o veinte años)», había dicho en cierta ocasión. Se llegaba a los jardines en diez minutos, en pleno campo. Una podía sacar de esto lo que quisiera, pensó Fanny Wilmot, fijémonos, por ejemplo, en el señor Sherman, el pintor, viejo amigo de la señorita Craye; citarle para que fuera a buscarla, un soleado día del mes de junio; para que la llevara a tomar el té bajo los árboles. (También se habían tratado en aquellas fiestas en las que una iba con zapatillas sin

temor a coger frío.) La tía u otro pariente entrado en años esperaría allí, mientras ellos contemplaban la Serpentine. Miraban la Serpentine. Quizás él la llevó a remo a la otra orilla. La compararon con el Avon. Y la señorita Craye seguramente hubiera calificado la comparación con gran furia. Los panoramas fluviales eran importantes para ella. Iría sentada un poco encorvada, un poco anguloso el cuerpo, a pesar de que a la sazón era grácil, llevando el timón. En el momento crítico, sí, ya que aquel hombre había decidido que debía hablar ahora era la única ocasión de estar a solas con ella—, estaba hablando con la cabeza vuelta hacia atrás, en una postura absurda, con gran nerviosismo, por encima del hombro, y en aquel preciso momento, ella le interrumpió con ferocidad. Gritando, le dijo que, por su culpa, chocarían contra el puente. Fue un momento de horror, de desilusión, de revelación, para los dos. No puedo tenerlo, no puedo poseerlo, pensó Julia Craye. Entonces él no pudo comprender por qué Julia había accedido a ir con él. Con un recio golpe del remo contra el agua, dio la vuelta a la barca. ¿Lo dijo con el solo fin de darle un chasco? Remó y la devolvió al punto de partida, donde le dijo adiós.

El escenario de estos hechos podía variarse a voluntad, pensó Fanny Wilmot. (¿Dónde estaría el alfiler?) Podía ser Rávena, o Edimburgo, ciudad en la que la señorita Craye había regentado la casa de su hermano. La escena

podía cambiarse, igual que el joven caballero y los detalles de la manera en que todo ocurrió, pero algo había que tenía carácter constante —la negativa de Julia Craye, su ceño, su enfado contra sí misma después, sus razonamientos, y su alivio—, sí, ciertamente, su inmenso alivio. Quizás el mismísimo día siguiente se levantó a las seis de la mañana, se envolvió en su manto, y anduvo desde Kensington hasta el río. Se sentía tan agradecida que no sacrificó su derecho a ir allá y ver las cosas en el momento en que mejor están —antes de que la gente se levante—, es decir, Julia Craye hubiera podido desayunar en cama, si hubiera querido. No sacrificó su independencia.

Sí, Fanny Wilmot sonrió, Julia no había puesto en peligro sus costumbres. Estaban a salvo; y sus costumbres hubieran quedado adversamente afectadas, si se hubiera casado. «Son ogros», dijo una tarde, casi riendo, cuando otra alumna, muchacha recientemente casada, recordó de repente que llegaría tarde a la cita con su marido y se fue presurosa.

«Son ogros», había dicho, riendo con tristeza. Un ogro quizás hubiera obstaculizado el desayuno en cama, con paseos al alba hasta el río. ¿Y qué hubiera ocurrido (aunque ello era inconcebible) si hubiese tenido hijos? Adoptaba pasmosas precauciones para protegerse de los resfriados, de la fatiga, de las comidas fuertes, de las

comidas inadecuadas, de las corrientes de aire, de las estancias calurosas, de los viajes en metro, por cuanto jamás pudo determinar con exactitud qué cosa, entre todas las dichas, era la que le producía aquellos horribles dolores de cabeza que convertían su vida en algo parecido a un campo de batalla. Estaba siempre empeñada en una lucha para ganar por la mano al enemigo, hasta el punto que su empeño no dejaba de tener cierto interés; si, por fin, pudiera derrotar al enemigo, la vida seguramente le parecería un tanto sosa. Pero, en realidad, el bélico enfrentamiento tenía carácter perpetuo —por una parte, el ruiseñor o el panorama que amaba apasionadamente—, sí, los panoramas y los pájaros engendraban pasión en ella; por otra parte, el húmedo sendero o la horrenda caminata cuesta arriba que la dejaban inútil para todo, en la mañana siguiente, y le reportaban uno de sus dolores de cabeza. En consecuencia, cuando con habilidad reunía todas sus fuerzas y se las arreglaba para visitar Hampton Court en la semana en que más lucía el azafrán —esas relucientes y luminosas flores eran sus favoritas—, esto representaba una victoria. Era algo duradero, algo eternamente importante. Unía aquella tarde al collar de los días memorables, que, para ella, no tenía tantas vueltas como para impedirle recordar esto o aquello; aquel panorama, aquella ciudad; para poner el dedo, sentir, saborear, aspirar, la calidad que le daba carácter único.

«El pasado viernes hizo un día tan hermoso», dijo, «que decidí que debía ir allá.» En consecuencia, se había dirigido a Waterloo, en su gran aventura —visitar Hampton Court— sola. De una forma natural, aunque quizá tonta, una se apiadaba de ella por una causa por la que ella nunca pedía piedad (por lo general era reticente, y sólo hablaba de su salud de la misma manera en que el guerrero habla del enemigo), una se apiadaba de ella por hacer siempre sola cuanto hacía. Su hermano había muerto. Su hermana era asmática. Y consideraba que el clima de Edimburgo era bueno para ella. Para Julia era infame. También cabía la posibilidad de que las asociaciones anejas a Edimburgo fueran dolorosas para Julia, puesto que su hermano, el famoso arqueólogo, había muerto allí; y ella había amado a su hermano. Vivía en una casita, junto a Brompton Road, en total soledad.

Fanny Wilmot vio el alfiler; lo cogió. Miró a la señorita Craye. ¿Realmente, tan sola estaba la señorita Craye? No, la señorita Craye era firme e inefablemente, aunque sólo fuera por aquel instante, una mujer feliz. Fanny la había sorprendido en un momento de éxtasis. Allí estaba sentada, medio de espaldas al piano, con las manos unidas en el regazo, sosteniendo erecto el clavel, y detrás de ella se veía el nítido cuadrado de la ventana, sin cortina, morado a la luz de la atardecida, intensamente morado, en contraste con las brillantes luces eléctricas,

sin pantalla, que iluminaban la austera sala de música. Julia Craye, sentada, encorvada y sólida, sosteniendo la flor, parecía nacida de la noche londinense, parecía echársela a la espalda como un manto, y la noche parecía, en su austeridad e intensidad, un efluvio del espíritu de Julia Craye, algo creado por ella para que la rodeara. Fanny la miraba.

Por un instante, todo pareció transparente a la vista de Fanny Wilmot, y, como si la señorita Craye fuera transparente, Fanny Wilmot vio la mismísima fuente del ser de la señorita Craye, manando sus puras gotas de plata. Vio el pasado que había detrás de ella, lo vio más y más hondamente. Vio las verdes jarras romanas en pie en la vitrina; oyó a los muchachos de la escolanía jugando al cricket; vio a Julia descendiendo serenamente los curvos peldaños que conducían al jardín con césped; luego la vio sirviendo el té bajo el cedro; suavemente cogió entre las suyas la mano del viejo; la vio yendo de un lado para otro, a lo largo de los pasillos de la vieja morada catedralicia, con toallas en la mano, para marcarlas; lamentándose, mientras trabajaba, de la mezquindad del vivir cotidiano; y envejeciendo lentamente, y desechando prendas cuando llegaba el verano, porque, a su edad, eran demasiado coloridas para que ella las llevara; y cuidando a su padre en la enfermedad; y delimitando todavía más la senda que seguía, a medida que su voluntad se

orientaba con mayor rigidez hacia su solitaria meta; viajando austeramente; contando los gastos y calibrando en su parca bolsa la suma precisa para este viaje, para aquel antiguo espejo; persistiendo obstinadamente, dijera la gente lo que dijere, en elegir los placeres según su gusto, para sí sola. Vio a Julia...

Julia llameaba. Julia estaba incandescente. Ardía en la noche como una blanca estrella muerta. Julia abrió los brazos. Julia la besó en los labios. Julia la poseía.

«Los alfileres de Slater no tienen punta», dijo la señorita Craye, riendo de una manera rara y distendiendo los brazos mientras Fanny Wilmot se prendía la flor en su pecho con dedos temblorosos.

El foco

La mansión del vizconde del siglo XVIII había sido transformada en un club del siglo XX. Y era agradable, después de cenar en la gran estancia con columnas y candelabros, bajo el esplendor de la luz, salir a la terraza que daba al parque. Los árboles eran frondosos, y si hubiera habido luna se hubiesen podido ver las banderolas de color rosa y crema puestas en los castaños. Pero era una noche sin luna; muy cálida, tras un hermoso día de verano.

Los invitados del señor y la señora Ivimey tomaban café y fumaban en la terraza. Como si quisieran aliviarles de la necesidad de hablar, como si quisieran entretenerles sin que tuvieran que hacer esfuerzo alguno por su parte, haces de luz recorrían el cielo. Corrían tiempos de paz entonces; las fuerzas aéreas hacían prácticas; buscaban aviones enemigos en el cielo. Después de detenerse para examinar un punto sospechoso, la luz giró, como las aspas de un molino, o bien como las antenas de un prodigioso insecto, y reveló aquí un cadavérico muro de piedra; allá un castaño en flor; y de repente la luz incidió directamente en la terraza, y, durante un segundo, brilló un disco blanco, que quizá fuera el espejo dentro del bolso de una señora.

«¡Mirad!», exclamó la señora Ivimey.

La luz se fue. Volvieron a quedar en la oscuridad. La señora Ivimey añadió: «¡Nunca adivinaréis lo que esto me ha hecho ver!» Como es natural, intentaron adivinarlo.

«No, no, no», protestaba la señora Ivimey. Nadie pudo adivinarlo. Sólo ella lo sabía; y sólo ella podía saberlo, debido a que era la biznieta del hombre en cuestión. Y este hombre le había contado la historia. ¿Qué historia? Si ellos que rían, intentaría contársela. Quedaba aún tiempo, antes de que el teatro comenzara.

«Pero, realmente, no sé cómo empezar», dijo la señora Ivimey. «¿Fue en 1820...? Este año debía correr, más o menos, cuando mi bisabuelo era un muchacho. Ya no soy joven» —no, pero era muy hermosa y de buen porte—, «y mi bisabuelo era un hombre muy viejo, cuando yo me encontraba en la niñez, que fue cuando me contó la historia. Era un viejo muy apuesto, con su mata de cabello blanco y sus ojos azules. De muchacho tuvo que ser muy guapo. Pero extraño. Lo cual no deja de ser lógico», explicó la señora Ivimey, «teniendo en cuenta la manera en que vivían. Se apellidaban Comber. Habían venido a menos. Habían sido hidalgos; habían tenido tierras en Yorkshire. Pero, cuando mi bisabuelo era joven, casi un muchacho, sólo quedaba la torre. La

casa había desaparecido, y sólo quedaba una casucha de campesinos, en medio de los campos. La vimos hace diez años, sí, la visitamos. Tuvimos que dejar el automóvil y cruzar los campos a pie. No hay camino hasta la casa. Está aislada, y la hierba crece hasta la misma puerta... Había gallinas picoteando, entrando y saliendo de los cuartos. Todo estaba ruinoso. Recuerdo que, de repente, de la torre cayó una piedra.» Hizo una pausa. «Allí vivían», prosiguió, «el viejo, la mujer y el muchacho. La mujer no era la esposa del viejo, ni la madre del muchacho. Era, simplemente, una doméstica, una muchacha que el viejo se llevó a vivir con él cuando enviudó. Esto quizá fuera una razón más para que nadie los visitara, una razón más que explica que todo fuera quedando en estado ruinoso. Pero recuerdo el escudo de armas sobre la puerta; y los libros, libros viejos, cubiertos de moho. En los libros aprendió cuanto sabía. Leía y leía, me dijo, libros viejos, con mapas plegados entre las páginas. Los subió a lo alto de la torre; todavía se conserva la cuerda, y los peldaños rotos. Todavía hay una silla desfondada, junto a la ventana, y la ventana abierta, batiendo, con los vidrios rotos, y un panorama de millas y millas de páramo.»

Hizo una pausa, como si se encontrara en lo alto de la torre, mirando por la ventana que batía.

«Pero no pudimos», dijo, «encontrar el telescopio.»

En el comedor, a sus espaldas, el sonido de platos entrechocando aumentó. Pero la señora Ivimey, en la terraza, parecía intrigada por no haber podido encontrar el telescopio en la vieja casa.

«¿Y por qué buscabas un telescopio?», le preguntó alguien.

Riendo, la señora Ivimey repuso: «¿Por qué? Pues porque si no hubiera habido un telescopio, yo no estaría ahora sentada aquí.»

Y ciertamente ahora estaba sentada allí, mujer de media edad y buen porte, con algo azul sobre los hombros. Volvió a hablar. «Tuvo que ser allí, porque me contó que todas las noches, cuando los viejos ya se habían acostado, se sentaba ante la ventana, para mirar las estrellas con el telescopio. Júpiter, Aldebarán, Casiopeya.» Agitó la mano hacia las estrellas que comenzaban a aparecer sobre las copas de los árboles. La noche se estaba oscureciendo. Y el foco parecía más luminoso, barriendo el cielo, deteniéndose aquí y allá para contemplar las estrellas.

«Y allí estaban», prosiguió, «las estrellas. Y se preguntó, mi bisabuelo, aquel muchacho: ¿Qué son? ¿Para qué están? ¿Quién soy yo? Como solemos hacer cuando estamos solos, sin nadie con quien hablar, mirando las estrellas.»

Guardó silencio. Todos miraron las estrellas que estaban surgiendo de la oscuridad, encima de los árboles. Las estrellas parecían muy permanentes, muy inmutables. El rugido de Londres se alejó. Cien años parecían nada. Tenían la impresión de que el muchacho contemplaba las estrellas con ellos. Tenían la impresión de estar con él, en la torre, mirando las estrellas, encima de los páramos. Entonces una voz a sus espaldas dijo:

«Efectivamente. Viernes.»

Todos se volvieron, rebulleron, se sintieron situados de nuevo en la terraza.

La señora Ivimey murmuró: «Sí, pero no había nadie que pudiera decírselo a él.» La pareja se levantó y se fue.

«Estaba solo», prosiguió la señora Ivimey. «Era un hermoso día de verano. Un día de junio. Uno de esos días de verano perfectos, en que todo, en el calor, parece estarse quieto. Estaban las gallinas picoteando en el patio de la casa de campo; el viejo caballo pateando en el establo; el viejo dormitando junto al vaso. La mujer fregando platos en la cocina. Quizá de la torre cayó una piedra. Parecía que el día nunca fuera a terminar. Y el muchacho no tenía a nadie con quien hablar, y nada, absolutamente nada que hacer. El mundo entero se extendía ante él. El

páramo subía y bajaba; el cielo se unía al páramo; verde y azul, verde y azul, para siempre, eternamente.»

En la penumbra, podían ver que la señora Ivimey se apoyaba en la baranda, con la barbilla en las manos, como si contemplara el páramo desde lo alto de una torre.

«Nada, salvo páramo y cielo, páramo y cielo, siempre, siempre», murmuró.

Entonces la señora Ivimey efectuó un movimiento como si colocara algo en la debida posición.

«Pero, ¿qué aspecto tenía la tierra, vista a través del telescopio?», preguntó.

Efectuó otro rápido y leve movimiento con los dedos, como si diera la vuelta a algo.

«Lo enfocó», dijo. «Lo enfocó hacia la tierra. Lo enfocó en la oscura masa de un bosque, en el horizonte. Lo enfocó de manera que pudiera ver... cada árbol... cada árbol aisladamente... y los pájaros... alzándose y descendiendo... y la columna de humo... allá... entre los árboles... Y después... más bajo... más bajo... (la señora Ivimey bajó la vista)... allí había una casa... una casa entre los árboles... una casa de campo... se veían los ladrillos por separado, cada uno de ellos... y los toneles a uno

y otro lado de la puerta... con flores azules, rosadas, hortensias quizá...» Hizo una pausa... «Y entonces de la casa salió una muchacha... que llevaba algo azul en la cabeza... y se quedó allí... dando de comer a los pájaros... palomas... que acudían revoloteando a su alrededor... Y entonces... mira... Un hombre... ¡Un hombre! Apareció por la esquina de la casa. ¡Cogió a la muchacha en sus brazos! Se besaron... se besaron.»

La señora Ivimey abrió los brazos y los cerró como si estuviera besando a alguien.

«Era la primera vez que el muchacho veía a un hombre besar a una mujer —a través del telescopio—, a millas y millas de distancia, en el páramo.»

Alejó de sí algo —probablemente el telescopio. Y quedó sentada, con la espalda muy erguida.

«Y el muchacho bajó corriendo la escalera. Corrió a través de los campos. Corrió por senderos, por la carretera, a través del bosque. Corriendo recorrió millas y millas, y en el preciso instante en que las estrellas comenzaban a aparecer sobre los árboles, llegó a la casa... cubierto de polvo, chorreando sudor...»

Se calló como si estuviera viendo al muchacho.

«Y entonces, y entonces... ¿qué hizo? ¿Qué dijo? ¿Y la chica...?», así apremiaron los presentes a la señora Ivimey.

Un haz de luz quedó proyectado sobre la señora Ivimey, como si alguien hubiera enfocado sobre ella la lente de un telescopio (eran las fuerzas aéreas, buscando aviones enemigos). Se había puesto en pie. Llevaba algo azul en la cabeza. Había alzado una mano como si estuviera ante una puerta, pasmada.

«Bueno, la muchacha... Era...», dudó, como si se dispusiera a decir «era yo». Pero recordó; y se corrigió. «Era mi bisabuela», dijo.

Se volvió en busca de su echarpe. Se encontraba en una silla, detrás de ella.

«Pero, ¿y el otro hombre? ¿El hombre que salió de la esquina?», le preguntaron.

«¿Aquel hombre? Oh, aquel hombre», murmuró la señora Ivimey, interrumpiéndose un instante para modificar la posición del echarpe (el foco había abandonado la terraza), «supongo que desapareció.»

«La luz», añadió mientras cogía sus cosas, «sólo incide aquí y allá.»

El foco acababa de pasar. Ahora daba en el llano terreno de Buckingham Palace. Y había llegado el momento de ir al teatro.

Juntos y separados

La señora Dalloway les presentó diciendo que aquel hombre le gustaría. La conversación comenzó varios minutos antes de que dijeran algo, debido a que, tanto el señor Serle como la señorita Anning, contemplaban el cielo, y en la mente de los dos el cielo siguió vertiendo su significado, aunque de manera muy diferente, hasta el momento en que la presencia del señor Serle, a su lado, se hizo tan patente a la señorita Anning que no pudo ver el cielo, en sí mismo, simplemente, sino el cielo como fondo del alto cuerpo, los ojos oscuros, el cabello gris, las manos unidas, la severamente melancólica (a la señorita Anning le habían dicho «falsamente melancólica») cara de Roderick Serle, y, pese a saber que era una tontería, la señorita Anning se sintió impelida a decir:

«¡Qué noche tan hermosa!»

¡Qué insensatez! ¡Qué estúpida insensatez! Sin embargo, una tiene derecho a decir estupideces, a la edad de cuarenta años, en presencia del cielo, que tiene la virtud de convertir al más sabio en imbécil —en porcioncillas de paja—, y a ella y al señor Serle en átomos, en motas, allí, en pie, junto a la ventana de la casa de la señora Dalloway, y sus vidas eran, a la luz de la luna, tan largas como la de un insecto, y de parecida importancia.

«¡Bueno!», dijo la señorita Anning, palmoteando con energía el almohadón del sofá. Y el señor Serle se sentó, a su lado. ¿Era, el señor Serle, «falsamente melancólico», como le dijeron? Provocada por el cielo, que parecía dar a todo un carácter un tanto trivial —lo que se decía, lo que se hacía—, la señorita Anning volvió a decir algo totalmente vulgar:

«En Canterbury conocí a una señorita Serle, cuando viví allí, de niña.»

Con el cielo en su mente, todas las tumbas de sus antepasados hicieron inmediatamente acto de presencia en la mente del señor Serle, bajo una romántica luz azul, se dilataron y oscurecieron sus ojos, y repuso: «Sí.»

«Descendemos de una familia normanda que vino con el Conquistador. En la catedral está enterrado un Richard Serle. Fue caballero de la jarretera.»

La señorita Anning pensó que, por pura casualidad, había descubierto al verdadero hombre sobre el cual se había construido el hombre falso. Bajo la influencia de la luna (para la señorita Anning, la luna simbolizaba el hombre, ahora podía verla por una rendija en las cortinas, y de vez en cuando le echaba una ojeada), la señorita Anning era capaz de decir casi cualquier cosa,

y ahora se dispuso a desenterrar el hombre verdadero sepultado bajo el hombre falso, mientras se decía a sí misma: «Adelante, Stanley, adelante», que era una de sus divisas, un espoleo secreto, o uno de esos flagelos que las personas de media edad a menudo utilizan para fustigar algún vicio inveterado, que era, en la señorita Anning, el de una deplorable timidez, o, mejor dicho, indolencia, por cuando no radicaba en carencia de valentía, sino en falta de energías, especialmente en lo tocante a hablar con hombres, quienes la intimidaban un tanto, por lo que a menudo la conversación de la señorita Anning se extinguía ahogada en vulgaridades aburridas, y era amiga de muy pocos hombres; poquísimos íntimos, realmente, pensaba la señorita Anning, aun cuando, a fin de cuentas, ¿acaso los necesitaba? No. Tenía a Sarah, a Arthur, la casita, el perro chow y, desde luego, aquello, pensó, sumergiéndose, empapándose, incluso mientras estaba sentada en el sofá, al lado del señor Serle, en aquello, en la sensación que tenía, al llegar a casa, de algo reunido allá, de un puñado de milagros, que la señorita Anning no podía creer que otra gente tuviera (ya que era únicamente ella quien tenía a Arthur, Sarah, la casita y el chow), pero he aquí que estaba empapándose de nuevo en la posesión profundamente satisfactoria, pensando que teniendo esto y la luna (la luna era música), podía permitirse el lujo de hacer caso omiso de aquel hombre y del orgullo de aquel hombre en los Serles enterrados.

¡No! Ahí estaba el peligro —no debía sumirse en el torpor—, a su edad, no. «Adelante, Stanley, adelante», se dijo a sí misma, y preguntó al señor Serle:

«¿Conoce usted Canterbury?»

¡Que si conocía Canterbury! El señor Serle sonrió, pensando cuan absurda era la pregunta, cuan poco sabía aquella agradable y serena mujer que tocaba algún instrumento y parecía inteligente y tenía ojos bonitos, y lucía un collar antiguo muy bello —cuan poco sabía lo que significaba. Que le preguntaran si conocía Canterbury. Cuando los mejores años de su vida, todos sus recuerdos, cosas que jamás fue capaz de decir a nadie, pero que había intentado escribir —ah, sí, había intentado escribir (y suspiró)—, todo estaba centrado en Canterbury. Realmente, daba risa.

Sus suspiros y después sus risas, su melancolía y su sentido del humor eran causa de que la gente le tuviera simpatía, y él lo sabía, pero la simpatía que inspiraba no le había compensado de la frustración, y si bien es cierto que se esponjaba con la simpatía que la gente le tenía (efectuando largas visitas a comprensivas señoras, largas, largas visitas), tampoco cabía negar que lo hacía, en buena parte, amargamente, por cuanto no había llevado a cabo ni la décima parte de lo que hubiera podido llevar

a cabo, y había soñado llevar a cabo, siendo muchacho en Canterbury. Cuando se encontraba ante un desconocido, sentía un renacer de la esperanza, debido a que los desconocidos no podían decir que no había hecho todo lo que había prometido, y, al ceder a su encanto, le causaban la impresión de que podía comenzarlo todo de nuevo —¡a los cincuenta años! La señorita Anning había tocado el resorte. Campos y flores y grises edificios cayeron goteando en su mente, formando gotas de plata en los esbeltos y oscuros muros de su mente, y fueron goteando hacia abajo. A menudo sus poemas comenzaban con esas imágenes. Ahora experimentaba el deseo de crear imágenes, sentado al lado de aquella serena mujer.

«Sí, conozco Canterbury», dijo el señor Serle en tono evocador, sentimental, invitando, estimó la señorita Ánning, a que le formulara discretas preguntas, y esto era la causa de que el señor Serle pareciera interesante a tantas personas, y había sido esta extraordinaria facilidad y capacidad de reacción en el conversar la causa de todos los males del señor Serle, pensaba éste a menudo, mientras se quitaba los gemelos de la camisa y ponía las llaves y las monedas en la mesa del vestidor, después de una de esas fiestas (y, durante la temporada social de verano, a veces iba a fiestas todas las noches), y, al bajar a desayunar, transformado en un ser muy diferente, gruñón y desagradable, durante el desayuno, en el trato con su

esposa, que estaba inválida, y nunca salía de casa, pero tenía viejos amigos que de vez en cuando la visitaban, en su mayor parte mujeres, interesados en filosofía india y en diferentes curas y diferentes médicos, lo cual Roderick Serle declaraba inútil, mediante una cáustica observación tan inteligente que su mujer no podía contradecir, como no fuera con dulces reconvenciones o una o dos lágrimas —Roderick Serle había fracasado, a menudo pensaba, por haber sido incapaz de prescindir totalmente de la sociedad y del trato con mujeres, que era tan necesario para él, y escribir. Se había sumergido excesivamente en la vida, y en este momento cruzaba las piernas (todos sus movimientos eran un tanto alejados de los convencionalismos, y distinguidos), y no se culpaba a sí mismo, sino que atribuía la culpa al carácter desbordante de su personalidad, que comparaba, con resultados a él favorables, con la de Wordsworth, por ejemplo, y, como sea que había dado tanto a los demás, pensaba, apoyando la cabeza en las manos, éstos, a su vez, estaban obligados a ayudarle, y éste fue el preludio, trémulo, fascinante, excitante, de la conversación; y las imágenes burbujeaban en su mente.

«Es como un árbol frutal, como un cerezo en flor», dijo Roderick Serle, mirando a una mujer aún joven, de hermoso cabello blanco. No dejaba de ser una imagen agradable, pensó Ruth Anning, bastante agradable, sí,

pero no estaba muy segura de que sintiera simpatía hacia aquel hombre melancólico y distinguido, con sus gestos; y es raro, pensó, la manera en que los sentimientos de una quedan influenciados. No le gustaba el hombre, sin embargo la comparación efectuada por aquel hombre, entre una mujer y un cerezo, le gustaba bastante. Fibras de la señorita Anning flotaban caprichosamente hacia aquí y hacia allá, como tentáculos de una anémona marina, ahora vivamente interesada, ahora frustrada, y su mente, a millas de distancia, fría y lejana, muy alto en el aire, recibía mensajes que resumiría a su debido tiempo, de manera que, cuando la gente hablara de Roderick Serle (y era un hombre popular), ella podría decir, sin la menor duda: «Me gusta» o «No me gusta», y su opinión sería inalterable. Extraño pensamiento, solemne pensamiento, el de proyectar una luz verde sobre aquello en que la humana relación consiste.

El señor Serle dijo: «Es raro que conozca usted Canterbury.» Y prosiguió: «Constituye siempre una impresionante sorpresa» (había pasado la señora del cabello blanco), «cuando uno conoce a alguien» (era la primera vez que se trataban), «por puro azar, y esta persona se refiere a un aspecto superficial de algo que ha significado mucho para uno, se refiere a ello de manera accidental, por cuanto supongo que Canterbury no fue más, para usted, que una bella y antigua ciudad. ¿Ha

dicho que pasó un verano allí, en casa de su tía?» (Esto era cuanto Ruth Anning le iba a decir en lo tocante a su visita a Canterbury.) «Y que visitó los monumentos, y se fue, y jamás volvió a pensar en el asunto.»

Que piense lo que le dé la gana; como sea que no le gustaba, Ruth Anning deseaba que aquel hombre se fuera de su lado, habiéndose formado una idea absurda de ella. Sí, ya que, realmente, sus tres meses en Canterbury fueron pasmosos. De ellos recordaba hasta el último detalle, a pesar de que se trató de una visita meramente ocasional, para ver a la señorita Charlotte Serle, conocida de su tía. Incluso ahora, la señorita Anning podía repetir textualmente las palabras que dijo la señorita Serle con respecto a los truenos. «Siempre que despierto, o que oigo truenos por la noche, pienso: Han matado a alguien.» Y podía ver la dura y peluda alfombra, con dibujos en forma de diamante, y los ojos brillantes y pacíficos de la vieja señora, sosteniendo la taza de té, vacía, en el aire, cuando habló de los truenos. Y la señorita Anning siempre veía Canterbury, todo él nubarrones y pálida flor del manzano, y los alargados y grises muros traseros de los edificios. Los truenos la sacaron de su rico pasmo de indiferencia de la media edad. «Adelante, Stanley, adelante», se dijo; es decir, este hombre no se irá de mi lado deslizándose, como todos los demás, con una falsa idea de mí; le diré la verdad.

«Adoro Canterbury», dijo la señorita Anning.

El señor Serle se animó instantáneamente. Este era su don, su defecto, su destino.

«Ama Canterbury», repitió el señor Serle, «ya veo que es verdad.»

Los tentáculos de la señorita Anning le mandaron un mensaje, diciéndole que el señor Serle era en extremo agradable.

Sus ojos se encontraron; casi chocaron, por cuanto cada uno de los dos tuvo conciencia de que, detrás de los ojos, el ser encerrado que está sentado en la oscuridad, mientras su superficial y ágil compañero se hace cargo de todas las piruetas y gestos para que la representación prosiga, se había puesto bruscamente en pie; se había despojado de su capa; se había enfrentado con el otro. Fue alarmante; fue terrorífico. Eran ambos entrados en años, y bruñidos hasta haber adquirido una esplendente suavidad, de tal manera que Roderick Serle era capaz de ir quizás a doce fiestas durante la temporada social de verano, sin sentir nada que saliera de lo común, o quizá, tan sólo, sentimentales lamentaciones, y el deseo de lindas imágenes —como esa del cerezo en flor—, y, en todo momento, cuajada en su interior, quieta, una

especie de superioridad sobre cuantos le rodeaban, una sensación de recursos no utilizados, que, al regresar a casa, le hacían sentirse descontento de la vida, descontento de sí mismo, bostezante, vacío e inconsecuente. Pero ahora, de repente, al igual que una blanca centella en la niebla (sin embargo, esta imagen se formó por sí sola, con el inevitable carácter del rayo, y adquirió carácter dominante), se había producido; el antiguo éxtasis de la vida; el invencible asalto; sí, por cuanto era desagradable, a pesar de que, al mismo tiempo alegraba y rejuvenecía y llenaba las venas y los nervios de latizas de fuego y de hielo; era terrorífico. «Canterbury, veinte años atrás», dijo la señorita Anning como quien pone una pantalla alrededor de una intensa luz, o cubre un ardiente melocotón con una hoja verde, por ser demasiado fuerte, demasiado maduro, demasiado opulento.

A veces la señorita Anning deseaba haberse casado. A veces la fría paz de la media edad, con sus automáticos medios para proteger la mente y el cuerpo de roces y heridas, le parecía, en comparación con los truenos y la pálida flor del manzano de Canterbury, bajuna. Era capaz de imaginar algo diferente, más parecido al rayo, más intenso. Podía imaginar una sensación física. Podía imaginar...

Y, cosa rara, por cuanto ésta era la primera vez que le veía, los sentidos de la señorita Anning, aquellos tentáculos que la emocionaban y la frustraban, dejaron ahora de enviar mensajes, ahora reposaban tranquilos, como si ella y el señor Serle se conocieran tan bien, estuvieran, en realidad, tan íntimamente unidos, que les bastara con flotar, el uno al lado del otro, río abajo.

De entre todo, nada hay más raro que el trato humano, pensó la señorita Anning, debido a sus cambios, a su extraordinaria irracionalidad, y ahora su antipatía se había transformado en algo que casi era el más intenso y apasionado amor, pero tan pronto se le ocurrió la palabra «amor», la rechazó, y volvió a pensar cuan oscura era la mente, con tan pocas palabras para todas esas pasmosas percepciones, esas alternaciones de dolor y placer. Sí, ya que, ¿cómo denominar aquello? Aquello que ahora sentía, el alejamiento del humano afecto, la desaparición de Serle, y la inmediata necesidad que los dos tenían de ocultar aquello que era tan desolador y degradante para la humana naturaleza que todos se esforzaban en ocultarlo a la vista, sepultándolo; aquel alejamiento, aquel ataque al sentimiento de confianza. Y, en busca de una decente, reconocida y aceptada forma de enterramiento, la señorita Anning dijo: «Desde luego, hagan lo que hagan, jamás conseguirán estropear Canterbury.»

El señor Serle sonrió; lo aceptó; descruzó las piernas y volvió a cruzarlas en sentido inverso. Ella había interpretado su papel; él, el suyo. Y así acabó. Y sobre los dos descendió instantáneamente la paralizante ausencia de sentimientos, en la que nada estalla en la mente, en la que sus muros parecen de pizarra, en que la vaciedad casi duele, y los ojos, petrificados y fijos, ven una misma cosa, siempre la misma —una forma, una parrilla para leños del hogar—, con una exactitud que es terrorífica, debido a que no hay emoción, ni idea, ni impresión de clase alguna que acudan a cambiarlo, a modificarlo, a embellecerlo, por cuanto las fuentes del sentimiento parece se hayan secado, y la mente queda rígida, al igual que el cuerpo. Pétreos como estatuas, tanto el señor Serle como la señorita Anning no podían moverse ni hablar, y tuvieron la impresión de que un mago les hubiera liberado, y de que la primavera hubiera infundido torrentes de vida en todas sus venas, cuando Mira Cartwright, dando una maliciosa palmadita en el hombro al señor Serle, dijo:

«Te vi en los Maestros Cantores, y te hiciste el loco. Grosero», dijo la señorita Cartwright, «mereces que no te vuelva a dirigir la palabra en toda la vida.»

Ya podían separarse.

El legado

«Para Sissy Miller.» Gilbert Clandon, cogiendo el broche de perlas que se encontraba entre anillos y broches en la mesilla del cuarto de estar de su esposa, leyó las palabras: «Para Sissy Miller, con mi afecto.»

Era muy propio de Angela haberse acordado incluso de Sissy Miller, su secretaria. Sin embargo, cuan raro era, pensó Gilbert Clandon una vez más, que Angela lo hubiera dejado todo en tan buen orden, un obsequio para cada uno de sus amigos. Parecía que hubiera previsto que iba a morir. Sin embargo gozaba de perfecta salud, cuando salió de casa aquella mañana, hacía seis semanas; cuando bajó de la acera en Piccadilly y el coche la mató.

Gilbert Clandon esperaba a Sissy Miller. Le había pedido que acudiera; le debía, pensaba Gilbert, después de tantos años a su servicio, aquella muestra de consideración. Sí, siguió pensando, mientras sentado esperaba, era raro que Angela lo hubiera dejado todo en tan buen orden. Había legado a todos sus amigos una muestra de su consideración y afecto. Cada anillo, cada collar, cada menuda caja china — sentía pasión por las cajitas— llevaba anejo un nombre. Y en cada objeto había unas palabras de recuerdo de él, de Gilbert. Esto

era un regalo que él le había hecho; esto otro —el delfín esmaltado con ojos de rubí— lo había descubierto ella en una calleja de Venecia. Gilbert aún recordaba el grito de gozo que Angela había emitido al verlo. Naturalmente, Angela no había dejado nada especial para él, a menos que fuera su diario. Quince menudos volúmenes que estaban allí, forrados en cuero verde, a sus espaldas, sobre el escritorio. Desde el día en que se casaron, Angela llevó su diario. Algunas de sus —no podía llamarlas peleas, sino sólo escaramuzas— habían sido causadas por el diario.

Cuando Gilbert llegaba a casa y encontraba a Angela escribiendo, Angela siempre cubría con la mano su escritura. «No, no, no», a Gilbert le parecía oír, «cuando me haya muerto —quizá.» De manera que le había dejado el diario, a modo de legado. Era lo único que no habían compartido mientras Angela vivió. Pero Angela siempre había dado por seguro que él moriría antes que ella. Si sólo hubiera meditado por un instante, y si hubiera pensado lo que iba a hacer, ahora Angela estaría viva. Pero había bajado de la acera sin pensar, bruscamente, tal como dijo el conductor del automóvil en su declaración judicial. No, Angela no le dio ocasión de frenar... En este momento, el sonido de voces en la antesala interrumpió los pensamientos de Gilbert.

«La señorita Miller, señor», anunció la doncella.

Y la señorita Miller entró. Gilbert nunca la había visto a solas, y menos todavía llorosa. La señorita Miller estaba terriblemente apenada, y no era extraño. Para ella Angela había sido mucho más que una persona que pagaba sus servicios. Había sido una amiga. Para él, pensó Gilbert, mientras le ofrecía una silla para que se sentara, la señorita Miller apenas se distinguía de cualquier otra mujer de su clase. Había millares de Sissys Miller —mujercitas vulgares con una cartera negra bajo el brazo. Pero Angela, con su talento para comprender al prójimo, había descubierto todo género de virtudes en Sissy Miller. Sissy Miller era la discreción encarnada; silenciosa, digna de confianza, de modo que se le podía contar todo, y así sucesivamente.

Al principio la señorita Miller no pudo hablar. Se quedó sentada allí, llevándose el pañuelo a los ojos. Después hizo un esfuerzo. «Discúlpeme, señor Clandon», dijo.

Gilbert emitió un murmullo. Naturalmente, lo comprendía. Era natural. Podía imaginar lo que su esposa había significado para ella.

«Fui muy feliz en esta casa», dijo Sissy, lanzando una

mirada alrededor. Sus ojos quedaron fijos en la mesa escritorio detrás de Gilbert. En esa mesa trabajaban, ella y Angela. Sí, ya que Angela compartía los deberes de Gilbert, lo cual es el destino propio de la esposa de un destacado político. Había sido, Angela, de suma importancia en la carrera de Gilbert. Este las había visto a menudo, sentadas en aquella mesa, Sissy ante la máquina de escribir, escribiendo las cartas que Angela le dictaba. Sin duda alguna, la señorita Miller también pensaba en esto. Ahora todo lo que Gilbert tenía que hacer era entregarle el broche que su esposa le había legado. Un obsequio un tanto incongruente al parecer. Mejor hubiera sido dejarle una suma en metálico, o incluso quizá la máquina de escribir. Pero allí estaba, «Para Sissy Miller, con mi afecto». Y, cogiendo el broche, Gilbert se lo entregó mientras pronunciaba el discursito que ya llevaba preparado. Le constaba, dijo, que Sissy sabría valorar el broche. Su esposa lo había lucido a menudo... Y Sissy contestó, mediante un discurso también preparado de antemano, diciendo que el broche sería siempre un objeto amado... Gilbert suponía que Sissy tenía otros vestidos en los que el broche no tendría un aspecto tan incongruente. Sissy vestía una chaquetita negra y una falda que parecía el uniforme de su profesión. Entonces, Gilbert recordó; también ella iba de luto, desde luego. También ella había sufrido una tragedia; un hermano hacia quien tenía gran afecto había muerto una o dos

semanas antes que Angela. ¿Fue en accidente? No lo recordaba. Sólo sabía que Angela se lo había dicho. Angela, con su capacidad de comprensión, quedó tremendamente conmovida. Entre tanto, Sissy Miller se había puesto en pie. Se estaba calzando los guantes. Evidentemente tenía clara conciencia de que no debía ponerse pesada. Sin embargo, Gilbert no podía dejarla partir sin decir algo referente al futuro. ¿Qué proyectos tenía la señorita Miller? ¿Podía ayudarla en algo?

La señorita Miller tenía la vista fija en la mesa, ante la que se había sentado, frente a la máquina de escribir, donde se encontraba el diario. Y, perdida en sus recuerdos de Angela, nada dijo con referencia a la propuesta de Gilbert de ayudarla. Por un momento, pareció no comprender las palabras de Gilbert. Por esto, Gilbert repitió:

«¿Qué proyectos tiene, señorita Miller?» «¿Proyectos? Bueno, no hay problema, señor Clandon», exclamó la señorita Miller. «Por favor, no se preocupe por mí.»

Gilbert Clandon interpretó estas palabras en el sentido de que la señorita Miller no necesitaba ayuda económica. Se dio cuenta de que era más oportuno hacer propuestas de este género por carta. Lo único que ahora podía hacer era decirle, mientras estrechaba su mano: «Recuerde,

señorita Miller, que si en algo puedo ayudarla será para mí un placer...» Después Gilbert abrió la puerta. Por un instante, junto a la puerta, como si se le hubiera ocurrido una idea repentina, la señorita Miller se detuvo.

«Señor Clandon», dijo, mirándole rectamente a los ojos por vez primera, y, por primera vez, Gilbert quedó impresionado por la expresión comprensiva, pero, al mismo tiempo, inquisitiva, de los ojos de la señorita Miller. «Si en cualquier momento», prosiguió la señorita Miller, «puedo hacer algo por usted, sepa que, en recuerdo de su esposa, será para mí un placer...»

Con esto, la señorita Miller se fue. Sus palabras y la mirada que las acompañó fueron imprevistas. Casi parecía que la señorita Miller creyera, o tuviera esperanzas, de que Gilbert llegara a necesitarla. Mientras volvía a su silla, a Gilbert se le ocurrió una idea curiosa, o quizá fantástica. ¿Cabía la posibilidad de que durante todos aquellos años en que él ni siquiera se había fijado en la señorita Miller, ésta, como dicen los novelistas, hubiera albergado una pasión por él? Al pasar, vio el reflejo de su persona en el espejo. Había rebasado los cincuenta años, pero tuvo que reconocer que todavía era, cual el espejo testificaba, un hombre de aspecto extremadamente distinguido.

«¡Pobre Sissy Miller...!», dijo Gilbert, casi riendo.

¡Cuánto le hubiera gustado compartir aquella graciosa anécdota con su esposa! Instintivamente volvió a centrar su atención en el diario de su mujer. Abriéndolo al azar, leyó: «Gilbert tenía un aspecto maravilloso...» Esta frase casi contestaba el interrogante que Gilbert se había formulado. Desde luego, parecía decir, ejerces gran atracción en las mujeres. Y, naturalmente, también Sissy Miller la sintió. Siguió leyendo. «¡Cuan orgullosa estoy de ser su esposa!» Y él siempre había estado muy orgulloso de ser su marido. Con cuánta frecuencia, cuando iban a cenar a cualquier sitio, la miraba, allá al otro lado de la mesa, y se decía: ¡Es la mujer más bella entre todas las que hay aquí! Siguió leyendo. Aquel primer año, se presentó a elecciones para un escaño en el Parlamento. Los dos habían efectuado una gira por el distrito electoral. «Cuando Gilbert se sentó, la ovación fue tremenda. El público, en su integridad, se levantó y cantó Es un muchacho excelente... Quedé anonadada.» También él recordaba aquello. Su mujer estuvo sentada a su lado, en la tribuna. Le pareció ver la mirada que le dirigió, con lágrimas en los ojos. ¿Y luego? Volvió páginas. Fueron a Venecia. Recordó aquellas felices vacaciones después de la elección. «Comimos helados en Florian.» Sonrió; todavía era como una niña, le gustaban los helados. «Gilbert me hizo un relato interesantísimo de la historia de Venecia. Me dijo que los Dogos...», y su esposa lo escribió todo, con su caligrafía de colegiala. Uno

de los placeres de viajar en compañía de Angela consistía en sus grandes ansias de aprender. Era tan terriblemente ignorante, solía decir ella misma, como si esto no fuera uno de sus encantos. Y luego Gilbert abrió el volumen siguiente... Habían regresado a Londres. «Sentía tantos deseos de causar una buena impresión que me puse el vestido de la boda.» A Gilbert le pareció verla, sentada al lado del viejo Sir Edward, y conquistando a aquel temible anciano, su jefe. Leyó aprisa, evocando escena tras escena gracias a los fragmentos apresuradamente descritos por su mujer. «Cena en la Cámara de los Comunes... Velada en casa de los Lovegroves. ¿Me daba yo cuenta de la responsabilidad que significaba ser la esposa de Gilbert?, me preguntó Lady L.» Luego, al paso de los años —cogió otro volumen entre los que reposaban en la mesa escritorio—, él quedó más y más absorbido por su trabajo. Y ella, naturalmente, pasaba más y más tiempo sola...

Para ella, evidentemente, fue una gran frustración no tener hijos. «¡Cuánto deseo», decía en una página, «que Gilbert tuviera un hijo!» Cosa rara, él nunca lo había lamentado. La vida, tal como era, ya le proporcionaba suficientes compensaciones por su plenitud y riqueza. Aquel año le dieron un cargo de menor importancia en el gobierno. Sólo un cargo de importancia subsidiaria, pero el comentario de Angela fue: «¡Tengo la absoluta

certidumbre que será Primer Ministro!» Bueno, si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera, así hubiera podido ser. En este momento, Gilbert dejó de leer, para pensar en cómo hubieran podido desarrollarse las cosas. La política era una apuesta, pensó; pero el juego no había terminado todavía. No, a los cincuenta años, todavía no. Pasó rápidamente la vista por más páginas, llenas de trivialidades, de las insignificantes, felices y cotidianas trivialidades que formaban la vida de Angela.

Cogió otro volumen y lo abrió al azar. «¡Qué cobarde soy! Una vez más he dejado escapar la oportunidad. Pero me ha parecido un acto de egoísmo preocuparle con mis problemas, cuando tiene tantas cosas en las que pensar. Y son tan pocas las veladas que pasamos a solas...» ¿Qué significaba esto? Bueno, allí estaba la explicación... hacía referencia a las actividades de Angela en el East End. «Hice acopio de valor y por fin hablé con Gilbert. Reaccionó con gran bondad, con gran amabilidad. No formuló objeción alguna.» Gilbert recordó la conversación. Angela le había dicho que se sentía inútil, que estaba ociosa. Quería tener sus propias preocupaciones. Quería hacer algo —se había sonrojado de manera encantadora, recordó Gilbert, al decir estas palabras, sentada allí, en esta misma silla— para ayudar al prójimo. El la trató con un poco de superioridad. ¿Acaso no era bastante ocuparse de él y de la casa? De todas maneras, si aquello de lo que había

hablado la divertía, él no iba a formular objeción alguna. ¿De qué se trataba? ¿Un distrito? ¿Un comité? Lo único que le pedía era que el nuevo trabajo no perjudicara su salud. Bueno, y, según parece, todos los miércoles, Angela iba a Whitechapel. Gilbert recordó lo mucho que le desagradaban las ropas que Angela se ponía en aquellas ocasiones. Pero, al parecer, tomó muy seriamente su trabajo. En el diario abundaban las referencias como ésta: «Vi a la señora Jones... Tiene diez hijos... Su marido perdió un brazo en un accidente... Hice lo posible para encontrar un empleo para Lily.» Pasó más páginas. Su nombre aparecía, ahora, con menos frecuencia. Gilbert perdió interés en el diario. Había anotaciones que nada significaban para él. Por ejemplo: «Tuve una acalorada discusión con B.M. acerca del socialismo.» ¿Quién sería B.M.? Estas iniciales no le decían nada. Supuso que se trataría de alguna mujer a la que Angela había conocido en algún comité. «B.M. atacó violentamente a las clases altas... Después de la reunión, regresé a pie en compañía de B.M., e intenté convencerle. Pero es un hombre de horizontes tan limitados...» Bueno, ahora resultaba que B.M. era un hombre; sin duda alguna, uno de esos «intelectuales», como a sí mismos se llaman, violentos, y, tal como Angela decía, con muy limitados horizontes. Al parecer, Angela le había invitado a que fuera a verla. «B.M. ha venido a cenar. ¡Y ha estrechado la mano de Minnie!» Esta exclamación dio un nuevo matiz al cuadro

mental que Gilbert se había formado. Parecía que B.M. no estaba acostumbrado a tratar doncellas; había estrechado la mano de Minnie. Probablemente se trataba de uno de esos obreros domesticados que expresan sus opiniones en los salones de las damas de sociedad. Gilbert conocía a esos ejemplares, y no sentía por ellos la más leve simpatía, fuera quien fuese el tal B.M. Y ahora volvía a aparecer. «Fui con B.M. a la Torre de Londres... Dijo que la revolución ha de producirse forzosamente... Dijo que vivíamos en un Paraíso de Tontos.» Sí, ésta era una típica frase de los B.M., a Gilbert le pareció oírle. Y también podía verle con toda claridad: un hombre pequeño y rechoncho, con descuidada barba, corbata roja, vestido de tweed, como todos vestían, y que en su vida había trabajado de veras. ¿Angela seguramente había comprendido al tipo? «B.M. dijo unas cuantas cosas muy desgradables acerca de***.» El nombre de esta persona había sido cuidadosamente tachado. «Le dije que no estaba dispuesta a escuchar ni un insulto más contra ***.» Una vez más, el nombre estaba tachado. ¿Sería su propio nombre?, pensó Gilbert. ¿Era ésta la razón por la que Angela tapaba tan aprisa la página, cuando él entraba? Esta idea aumentó considerablemente su antipatía hacia B.M. El tipo había tenido la impertinencia de hacer comentarios sobre él, en esta misma habitación. ¿Por qué Angela no se lo había dicho? Era muy impropio de ella ocultarle cosas; siempre fue la encarnación de la franqueza. Volvió

páginas, fijándose en todas las referencias a B.M. «B.M. me ha contado su infancia. Su madre se dedicaba a hacer faenas... Cuando lo pienso apenas puedo soportar vivir en este lujo... ¡Tres guineas por un sombrero!» ¡Si al menos Angela hubiera consultado estos problemas con él, en vez de atormentar su pobre cabecita con cuestiones que, por su complejidad, ella no podía comprender! B.M. le había prestado libros, Karl Marx, La próxima revolución. Las iniciales B.M., B.M., B.M., se repetían constantemente. Pero, ¿por qué no escribía el nombre entero? En el empleo de esas iniciales había un matiz de confianza, de intimidad, impropio de Angela. ¿Es que le llamaba B.M., así, en sus propias narices? Siguió leyendo. «B.M. vino inesperadamente, después de la cena. Afortunadamente, estaba sola.» De esto sólo hacía un año. «Afortunadamente» —¿por qué afortunadamente?— «estaba sola.» ¿Dónde estuvo él aquella noche? Miró el día en su agenda. Fue la noche de la cena en Mansión House. ¡Y B.M. y Angela habían pasado la noche a solas! Intentó recordar la velada. ¿Cuando regresó, estaba Angela esperándole? ¿Se encontraba el cuarto en la disposición habitual? ¿Había vasos sobre la mesa? ¿Se encontraban las sillas muy juntas? No podía recordar nada, nada de nada, excepto el discurso que pronunció en Mansión House, después de la cena. La situación era, para él, más y más inexplicable; su esposa recibiendo, a solas, a un desconocido. Quizá la explicación se

encontrara en el volumen siguiente. Rápida mente cogió el último volumen del diario, el volumen que Angela dejó inacabado al morir. Allí, en la primera página, aparecía de nuevo el maldito individuo. «Cené mano a mano con B.M... Se excitó en gran manera. Dijo que ya había llegado el momento en que nos comprendiéramos... Intenté hacerle entrar en razón. Pero no quiso. Me amenazó, diciendo que si yo no...», el resto de la página estaba tachado. Angela había escrito sobre la página, «Egipto, Egipto, Egipto». Gilbert no pudo desentrañar ni una sola palabra; pero sólo cabía una interpretación: aquel sinvergüenza había pedido a Angela que fuera su amante. ¡A solas en su cuarto! A Gilbert Clandon se le puso la cara roja. Volvió páginas rápidamente. ¿Qué respuesta le había dado Angela? Ahora ya no había iniciales. El individuo era, simplemente, «él». «Ha vuelto. Le he dicho que no he podido tomar una decisión... Le he suplicado que me deje.» El tipo había coaccionado a Angela en esta misma casa. Pero, ¿por qué Angela no le había dado una respuesta tajante? ¿Cómo pudo dudar, siquiera por un instante? Luego: «Le he escrito una carta.» Después seguían unas páginas en blanco. Y, después, lo siguiente: «Mi carta no ha tenido contestación.» Más páginas en blanco. Después, lo siguiente: «Ha hecho aquello con lo que me había amenazado.» Y después... ¿qué vendría después? Volvió páginas y páginas. Todas estaban en blanco. Pero, en el mismo día de su muerte, Angela había

escrito: «¿Tendré valor para hacerlo?» Y aquí terminaba.

Gilbert Clandon dejó caer el diario al suelo. Veía a Angela allí, ante él. En pie en el bordillo de la acera de Piccadilly. Tenía la vista fija, crispados los puños. Ahí venía el automóvil...

Gilbert Clandon no podía soportar aquello.

Tenía que saber la verdad.

Se acercó al teléfono.

«¡Señorita Miller!» Silencio. Entonces, oyó que alguien se movía en el cuarto.

«Aquí Sissy Miller»... Por fin, la voz de la señorita Miller contestaba.

Con voz de trueno, Gilbert le preguntó:

«¿Quién es B.M.?»

Podía oír el tictac del barato reloj en la repisa del hogar, allá; después oyó un largo suspiro. Y, por fin, Sissy Miller contestó:

«Era mi hermano.»

Era su hermano; el hermano que se había suicidado. Oyó que Sissy Miller le preguntaba: «¿Quiere alguna otra aclaración?»

«Ninguna», gritó Gilbert. «¡Ninguna!» Gilbert había recibido su legado. Angela le había dicho la verdad. Bajó del bordillo para reunirse con su amante. Bajó del bordillo para escapar de él, de Gilbert.

ÍNDICE

“El libro caído; en la llama, en el humo, en las perecederas chispas; o ya viajando, la bandera en la plaza de mármol, minaretes debajo y mares de la India, mientras los espacios azules corren y las estrellas brillan... ¿la verdad?, o bien, ¿satisfacción con su proximidad?...

Colección
Lima Lee

